

FEDERICO OLIVER

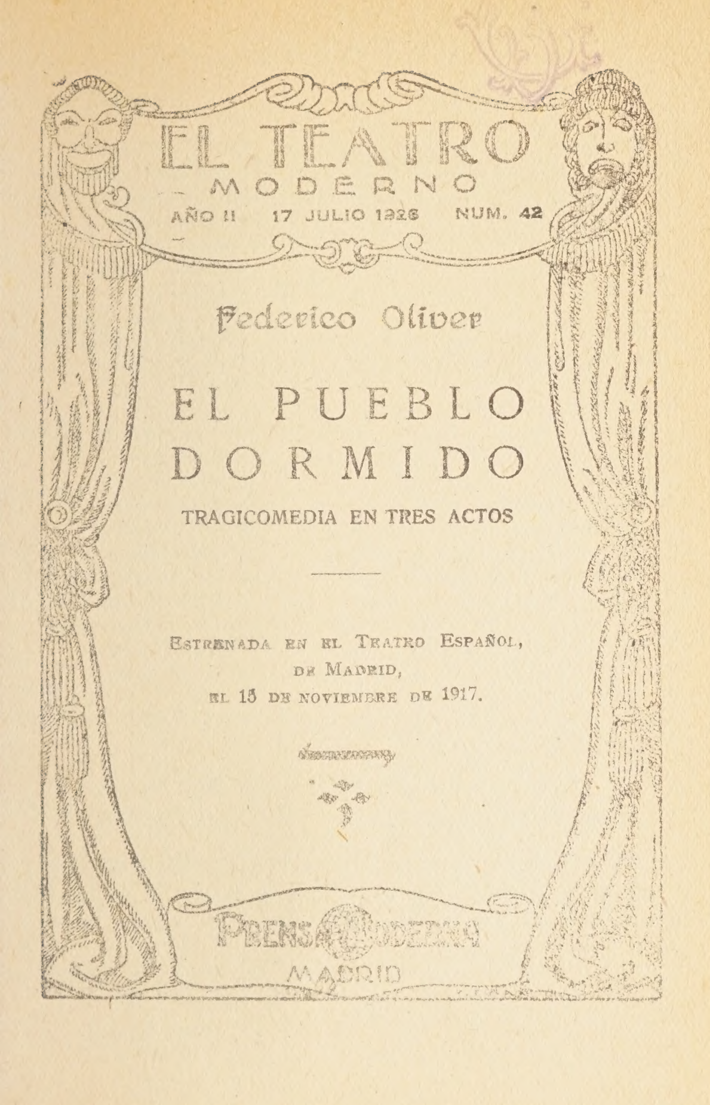
EL PUEBLO DORMIDO

50 CÉNTIMOS

PRENSA MODERNA

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elpueblodormidot4145oliv



EL TEATRO MODERNO

AÑO II 17 JULIO 1926 NUM. 42

Federico Oliver

EL PUEBLO DORMIDO

TRAGICOMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Español, de Madrid, el 15 de noviembre de 1917.

PRENSA MODERNA

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Clarita	*Carmen Cobeña.*
Regina Pastora	*Juana Gil Andrés.*
Diego Arista	*Miguel Muñoz.*
Don Ramón Castilla	*Alfonso Muñoz.*
Don Alfonso Vidal	*Joaquín Montero.*
Salazar	*Constante Viñas.*
Medina	*José Martí.*
Arévalo	*José González Marín.*
Tapia	*Enrique Cantalapiedra.*
Don Germán Morales	*Joaquín Montero.*
Venturita	*Rafael Cobeña.*
Conde de Casa-Valdivia	*José Martí.*
Paulino Méndez	*José González Marín.*
Ridaura	*Luis Moreno.*
Menéndez	*José Trescoli.*
El maestro	*Manuel Méndez.*
El arquitecto	*Rafael Cobeña.*
Larita	*Manuel Perales.*
El propietario	*Señor Trescoli.*
El señor Pedro	*Antonio Miguel.*
Petaca	*Enrique Cantalapiedra.*
El secretario de la Junta	*Manuel Perales.*
Un criado	*Tomás Hurtado.*
Un padrino	*No hablan.*
Un médico	
Un "chauffeur"	

Ateneístas, invitados, obreros, chiquillos, etc.

Acción contemporánea. Derecha e izquierda, las del actor.

ADVERTENCIA A LOS DIRECTORES DE ESCENA

Don Diego Arista y Doña Clarita han de hablar con un acento americano sumamente discreto, para evitar todo aspecto cómico en el diálogo.

Se recomienda que el Conde de Casa Valdivia y Don Paulino Méndez estén representados por actores de costumbre, por el delicado momento en que intervienen.

EL AUTOR



ACTO PRIMERO

La escena representa el salón llamado de *Cacharrería*, del Ateneo de Madrid.

ESCENA I

Morales, Venturita, Ridaura, Rodríguez, Menéndez y otros señores ateneístas. *Tapia* duerme en un diván.

MORA. *(Entrando.)* Muy buenas, señores.
RIDAU. Felices, don Germán.
RODRI. Venga usted para acá, maestro. Siéntese usted.
MORA. *(Sentándose.)* ¿Qué hay, Venturita? Se le saluda, querido Rodríguez. Muy buenas, amigo Menéndez. Y Tapia, ¿qué hace Tapia?
RIDAU. Dormir; ya lo está usted viendo.
MORA. Hace veinticinco años que soy socio del Ateneo, y lo primero que topé al entrar en este salón de "cacharrería" fué con Tapia durmiendo, y en ese mismo diván.
RODRI. Es todo un símbolo.
MORA. Desde que Tapia duerme hemos perdido las colonias y casi la vergüenza. *(Los ateneístas rien.)* ¿Qué hay de cosas? ¿No se dice nada por aquí? ¿No se discute nada?
RODRI. Aparte de hacer cábalas políticas, nos dedicamos a experimentos espiritistas.
MORA. Hombre, hombre.
VENTU. Por cierto que esta inocente manía ha dado lugar a una polémica muy viva entre varios señores socios.
MORA. Ya me lo figuro. Nuestro amigo el gran ocultista don Fabio Máximo, habrá puesto el mingo hablándoles de cómo reencarnan las olas humanas, de los fenómenos astrales y de la cuarta dimensión. Habrá invocado más de una

vez a la gran pitonisa madame Blavatsky, para inclinar el ánimo de todos a la Teosofía. Y ustedes, que están en el banco de las sardinas, le habrán hecho rabiar.

MENEN. Nosotros, no. Don Inocente Capilla, que estaba aquí, fué el que le salió al paso con toda clase de citas teológicas. Excuso decir a usted que salió a relucir el Uno y el Logos, los Majatmos, los Lípicas, el Verbo, San Juan, el Karma, el Apocalipsis, Orígenes, la Blavatsky y Clemente de Alejandría. En fin, un picadillo teológico y teosófico de lo más divertido que puede usted imaginarse.

VENTU. Tanto que Tapia, que, como usted sabe, es un demagogo durmiente, despertó, y dijo... *(Tapia se mueve.)*

RODRI. Ojo, que despierta Tapia.

TAPIA. ¡Eso es el salto atrás! ¡Eso es volver a la Edad Media!

ATENE. !Bravo! ¡Bien por Tapia!

TAPIA. ¡Eso es volver a la Escolástica, a San Agustín, a Santo Tomás, a la reacción, al oscurantismo!

ATENE. ¡Bravo! ¡Bravo! *(Aplausos.)*

TAPIA. ¡La salvación de España está en el trabajo! ¡En el trabajo, que es una delicia!... *(Vuelve a tumbarse y a dormir. Carcajada general.)*

MORA. Y después de la intervención tribunicia de Tapia, ¿qué pasó?

MENEN. Que vino el doctor Velarde. Ya usted le conoce.

RODRI. Positivista hasta el tuétano.

VENTU. Y nadie lograba entenderse.

MENEN. Esta "cacharrería" fué un campo de Agramante. De un lado los materialistas, de otro los idealistas y todos enzarzados en una fiera y descomunal batalla por sacar a flote sus opuestos principios.

MORA. Si yo hubiera terciado...

RODRI. ¿Qué?

MORA. Les hubiera dicho a todos, a tirios y troyanos,

que sólo la Biología puede ser la brújula de nuestro conocimiento. ¡Qué lástima no haber estado presente!

MENEN. ¿Y qué culpa tenemos nosotros de que usted no haya venido a tiempo?

VENTU. No nos prive usted de su docta palabra, don Germán.

RODRI. ¿Qué les hubiera dicho usted?

MORA. Les hubiera dicho, rasgando los velos de apariencias engañosas, que no hay más verdad que la de la Ciencia, y que todo es célula y sensación.

RODRI. Don Germán...

MORA. ¿Qué?

MENEN. Átese usted la cinta de los calzoncillos.

MORA. Gracias. Célula y sensación, célula y sensación.

ESCENA II

Dichos, Arévalo y Salazar.

ATENE. ¡Noticias! ¡Noticias! *(Todos se levantan y rodean a los recién llegados. Arévalo es un escritor colorista. Salazar es un redactor político de un diario de la noche.)*

SALA. Vengo del Congreso.

AREV. Vengo de los toros. *(Los oyentes se dividen en dos grupos. Los más jóvenes rodean a Arévalo. Los otros a Salazar.)*

SALA. *(A unos.)* La tarde parlamentaria ha sido de "hule".

AREV. Belmonte ha estado elocuentísimo.

SALA. A poco no se celebra la sesión por falta de número.

AREV. En los tendidos y en los palcos había la mar de diputados y senadores.

SALA. Al abrirse la sesión sólo estaba en el banco azul el duque de Cavite, ese funesto personaje que preside los destinos de la nación desde

el año 98. Bueno; ustedes saben que este duque, que intelectualmente es un batata, es, en cambio, para la baja política de bastidores, un tío vivo que tiene mano izquierda, sabe dar largas y estar al quite.

AREV. Yo descubro en el arte de Juan Belmonte un hondo sentido filosófico y estético. Aquella manera de estirar los brazos en su primer toro tenía todo el ritmo, toda la gracia helénica del discóbolo de Scopas.

SALA. Hubo un momento en que el presidente del Consejo me pareció Lagartijo en sus mejores tardes.

AREV. Hubo un momento en que tanto se creció y embelleció Belmonte, que más que apolíneo, me pareció dionisíaco. Este moderno vencedor de nuestros juegos olímpicos, este Milón de Crotona acusaba en el noble perfil de su testa toda la justeza de líneas de un Demóstenes, de un Cicerón.

SALA. *(Siempre en su grupo.)* Como les digo, apenas había nadie en los escaños. Y Rebollo, ex ministro travieso y ambicioso, está que echa las muelas porque el Gobierno no ha encasillado a su hijo, que es tonto de la cabeza, en las pasadas elecciones.

AREV. A la bella Charito, que es una hetaíra danzarina digna de desnudarse al lado de Thais o de Friné, le brindó Belmonte la muerte de su segundo minotauro.

SALA. Rebollo, que nota que el Gobierno está sin un mal peón de brega, se lanza al ruedo como un capitalista y pide que se cuente el número. En esto llega el ministro de la Gobernación con un terno flamante, tabaco y oro, y mete un capote.

AREV. La estocada fué certera, clásica, definitiva. Nunca estuvo más honrado el hemiciclo.

SALA. El presidente quería a todo trance que se celebrara sesión, porque dicen malas lenguas que si hoy se ha verificado la corrida de Be-

neficencia, ha sido de acuerdo con el empresario para atraer los diputados a la plaza de toros, y conseguir de esa manera que en la sesión de esta tarde se aprobase esa escandalosa venta de las minas del Pedroso a una Compañía angloamericana, que, como ustedes saben, extranjeriza de hecho casi una provincia. Todo por incapacidad de nuestro pueblo para la explotación de su natural riqueza. Bueno; pues el presidente se empeñó en acabar esta tarde el debate de un golletazo, y no permitió que se contara el número.

AREV. "¡Señor presidente: no lo entiende usted!", gritaban en los tendidos.

SALA. "¡Que se vaya el presidente!", gritaban en los escaños.

AREV. Y el cadáver del minotauro fué conducido al Spoliarium por la cuadriga policroma y los monos saltadores.

SALA. Y las minas del Pedroso, perdidas definitivamente para la riqueza nacional, fueron arrastradas al desolladero por las mulillas.

AREV. El ganadero fué ovacionado por el público.

SALA. El presidente del Consejo, que a la vez, según dicen, es consejero de la Compañía, fué muy felicitado.

AREV. Ha sido una tarde histórica.

SALA. Ha sido una capea de pueblo. *(Salazar y Arévalo se sientan cada uno por su lado. Los demás ateneístas comentan animadamente.)*

RIDAU. Y usted, amigo Salazar, que tiene un nombre tan brillante en el periodismo, y que es tan amigo del ministro de la Gobernación, ¿cómo no ha sido encasillado?

SALA. Porque, aunque parezca mentira, soy persona decente, amigo Ridaura.

MENEN. Hombre, hombre.

VENTU. Que se expliquen esas palabras.

SALA. Sí, señor; yo no he sido diputado porque para ello había que pasar por la tertulia de la hoy oficial esposa del ministro; y como yo he co-

nocido a esa señora cantando el "Morrongo" en el Paralelo, de Barcelona, no he querido deber el acta a semejante acto.

RIDAU. ¡Bien hecho, qué caray!

VENTU. ¿Cómo bien hecho? Con ese puritanismo no se va a ninguna parte.

SALA. Hay que ver a lo que llama Venturita puritanismo.

VENTU. Te has dejado birlar el acta como un primo.

SALA. Yo, por mi parte, confieso que no tengo dotes para ese arrivismo desvergonzado. No todos somos como tú, Venturita.

VENTU. ¿Como yo?

SALA. Si todo se sabe, hombre.

VENTU. ¿Y qué? Mi lema consiste en no hacer nada en las veinticuatro horas que no me reporte una utilidad mediata o inmediata.

SALA. Por eso cultivas la amistad de Juanito Fuentes. Mira éste.

VENTU. *(Escamado.)* Oye, oye...

SALA. Si ya sabemos que no todo es admiración al torero trágico. Si lo que anda por debajo es nada menos que una mitra.

VENTU. ¡Salazar!

SALA. Pero ¿ustedes no saben la combina de este granuja?

VENTU. Pero ¡Salazar!

ATENE. ¡Venga la combina!

OTROS. ¡Que se sepa! *(Algazara.)*

VENTU. ¡Valiente cuento chino os va a contar!

RODRI. Pero ¿qué tienen que ver las mitras con las taleguillas? Digo yo.

SALA. Ahora van ustedes a verlo. Aquí nuestro amigo Venturita, según él nos ha referido, debe su carrera a un tío suyo, canónigo en Málaga.

ATENE. Sí, sí.

SALA. Venturita era huérfano, pobre, despierto y, gracias a su tío, se hace abogado, viene a Madrid, se mete en el Congreso, se introduce en el Ateneo, se cuela en las redacciones de los primeros rotativos y se filtra en todas partes.

MENEN. España padece una plaga langostil de Venturitas.

VENTU. *(Cómicamente resignado.)* ¡Qué barbaridad!

MENEN. Lo que no puede negarse es que Venturita tiene correa.

SALA. Ya lo creo; como que tener correa constituye una manera de vivir. Pues es el caso que Venturita, sobrino agradecido si los hay, quiere devolver a su señor tío, el canónigo, el bien recibido. De pronto surge una ocasión que ni pintada: una mitra vacante.

VENTU. ¡Hombre, hombre!

SALA. ¿Y cómo se las compone Venturita? Oído al parche, señores. Venturita se vale de la amistad de Juanito Fuentes, que a su vez es el ojito derecho del ministro de Gracia y Justicia, y cátate aquí al fenómeno de la Macarena, que no deja a sol ni a sombra al sandunguero cacique andaluz hasta arrancarle la promesa de la suspirada mitra para el tío de su amigo Venturita. ¿Qué tal? ¿Hay pupila?

VENTU. Habrán ustedes comprendido que lo dicho por Salazar es una tomadura de pelo. *(Risas.)*

SALA. *(Con guasa.)* ¡Vamos!

VENTU. Y que yo se lo aguanto porque le admiro. Cierto que soy amigo de Juanito Fuentes. ¿Y qué? Cierto que mi tío tiene títulos para aspirar a ella... *(Risas generales.)*

ATENE. ¡Ya está aquí! ¡Ya pareció aquello!

SALA. ¡Sinvergüenza!

VENTU. Pero de eso a suponer que un torero pueda hacer un obispo...

ATENE. ¡Hipócrita! ¡Fuera! ¡Fuera!

RODRI. ¡Que se vaya!

MENEN. Mejor será que nos convide.

SALA. Si tú llegarás, hombre. Si tienes vitola de ministro.

RIDAU. *(En otro grupo, mirando a la derecha, de donde parte confuso rumor de gente, voces sueltas y bocinas de automóviles lejanos.)* Pero ¿qué pasa en el Ateneo que viene tanta gente?

AREV. Anda, pero ¿usted no lo sabe?
RIDAU. No, señor.
AREV. Pues que la sección de Literatura ha organizado una fiesta en honor de la música popular, y para ilustrar el tema gráficamente ha tenido la Comisión el raro acierto de conseguir nada menos que el concurso de la gentil Regina Pastora.
RIDAU. ¡Hombre, eso me gusta! A las conferencias a palo seco no viene nadie.
MENEN. Sí, pero en el Ateneo...
AREV. ¿Qué tiene de particular? ¿No se ha celebrado recientemente el triunfo de un académico con una becerrada?
MENEN. Pero ¿viene Regina Pastora?
AREV. Yo hago su presentación al público.
RODRI. A ver si te cortas, tú.
AREV. Cualquiera me corta a mí.
VENTU. *(Llevándose aparte a Salazar.)* Hombre, gastas unas bromas...
SALA. Vamos, vete a paseo.
VENTU. No; si, aquí para entre nosotros, debo confesarte que has puesto el dedo en la equimosis. ¿Quién te lo ha dicho?
SALA. Un camarero de casa de Camorra.
VENTU. ¡Chico!
SALA. Como lo oyes. Anoche, ante una mesa donde había unos chatitos y unas tapitas... Dos personajes: uno de la situación política, y otro de la situación taurina... *(Hablan aparte. Acentúanse los rumores de fuera. Oyense voces admirativas que dicen: "¡Viene la Regina!" "¡Pastora!" "¡La Regina!" "¡Paso, señores", y otras por el estilo.)*

ESCENA IV

Dichos y *Regina Pastora*, que viene del brazo del *Secretario* del Ateneo. Regina ha aprovechado un entreacto de Romea para complacer a la sección de Literatura. En su cabeza lleva la alta peineta de carey. Y en sus ore-

jas y cuello reluce toda una constelación de piedras preciosas. Cubre su cuerpo con un abrigo de calle. Se ponen de pie todos los concurrentes a la *cacharrería*, excepto Tapia, que queda oculto.

RODRI. ¡La Regina!
REGI. Salú, señores.
RIDAU. Buenas tardes.
SECRE. Este es el célebre salón llamado de "cacharrería".
REGI. Salero.
SECRE. Diga usted, Regina ¿cómo es aquello tan castizo que dice usted con tanta gracia?
REGI. "España vive donde estás tú."
SECRE. Exacto.
REGI. Y dígame usté ahora, ¿quién es aquel hombre del bigote que usté me ha presentado endenantes?
SECRE. El rector de la Universidad Central.
REGI. Mu salao; ¿y escribe bien?
SECRE. Es académico de la Lengua.
REGI. Y dígame usté, ¿se enfadaría ese hombre si yo le pidiera que me dirtase letra pa una farruca que tengo aquí metía? *(Hace mutis, siempre acompañada del Secretario y seguida de unos cuantos.)*

ESCENA V

Dichos, menos *Regina Pastora* y acompañantes.

VENTU. ¡Valiente mujer!
SALA. Tiene razón que le sobra. España vive donde está ella. Da tristeza decirlo, pero fuera de ella todo parece dormido o muerto... No hay salvación.
TAPIA. *(Levantádose del diván con el mismo ardor tribunicio de antes.)* ¡Mueran los pesimistas! ¡Mueran los agoreros! ¡La salvación de España está en el trabajo, que es una delicia; en

el trabajo, que es un placer!... *(Ríen todos.)*

SALA. Pero díganos usted, hombre de Dios: ¿cómo siendo usted un apóstol del trabajo, y predicándonos que es una delicia y un placer, se tumba usted a la bartola por todo ejemplo?

TAPIA. ¡Porque soy un hombre puro, un hombre de ideas!.. ¡Y como el trabajo es un placer y yo mortifico mi cuerpo privándole de todos los placeres, por eso no trabajo, por disciplina espiritual! ¡Nada más que por eso! *(Vuelve a tumbarse y a dormir.)*

VENTU. Este Tapia es magnífico.

AREV. Tenemos que hacerle un homenaje.

RODRI. ¿Vamos al salón de actos?

SALA. Vamos a ver la Regina en la cátedra de Moreno Nieto. *(Al salir tropiezan con Lorenzo Medina que entra.)*

ESCENA VI

Tapia, durmiendo en su diván; *Venturita, Arévalo, Salazar* y *Lorenzo Medina,* que viene agitado.

MEDI. *(Deteniéndoles.)* ¿Adónde vais?

VENTU. Al salón.

MEDI. Escuchadme un momento.

SALA. No, hombre.

AREV. Que baila Regina Pastora.

MEDI. Dejad a Pastora.

VENTU. Pero ¿qué traes?

AREV. ¿Qué te pasa?

SALA. ¿Te bates?

VENTU. ¿Te busca la Policía?

MEDI. Dejaros de bromas, que no tengo más que el tiempo indispensable para preveniros, porque viene siguiéndome los pasos...

AREV. ¿Quién?

MEDI. Don Diego Arista, un tipo pintoresco que se ha pasado la vida en América, y que viene de la Pampa con un platal, mi amigo. Este buen

hombre, mezcla graciosísima de asturiano y criollo, tiene la más original idea que puede imaginarse. ¡La de salvar y regenerar a España con la fundación de un periódico dirigido por él!

AREV. ¡Atiza!

VENTU. ¡Pero ese tío es un idiota!

SALA. ¿Y te ha buscado a ti?

MEDI. Figúrate en qué manos ha caído. El hombre quiere rodearse de escritores jóvenes.

AREV. ¡Chico, chico; es una cosa fantástica!

MEDI. Ya veréis qué punto. Pero, sobre todo, lo conmovedor del tipo es la candidez con que va enseñando a todos su ideal y su cartera. A mí me banquetea, me da puros largos y me ofrece dinero... Excuso deciros que al preguntarme por gente de valía le hablé de vosotros, y está citado aquí conmigo para conoceros personalmente, porque de nombre ya os conoce a todos.

SALA. ¿Ha leído mis libros?

MEDI. Claro que sí.

AREV. ¿Le gustan mis crónicas?

MEDI. Naturalmente.

VENTU. ¡Chico, chico!

AREV. ¿Sabes que ya no me parece tan bruto?

MEDI. ¡Toma! Y se sabe versos míos de memoria. Los más malos, por cierto. Como que sus relaciones conmigo datan de unos versos patrioteros que publiqué en el "Album Ibero-Americano" por puro compromiso.

VENTU. Aquí lo principal es que no salga de nuestro círculo.

MEDI. ¿Quién piensa en ello a la altura que están las subsistencias? *(Mirando al foro.)* ¡Ojo, que está aquí el caballo blanco! *(Dirigiéndose al encuentro de don Diego Arista.)* Pase usted, pase usted.

ESCENA VII

Dichos y Don Diego Arista.

ARISTA. Señores...
MEDI. *(Presentando.)* Mi amigo don Diego Arista. Paco Salazar, Rafael Arévalo, Ventura Salcedo. *(Saludos, apretones de mano, etc.)*
ARISTA. Siéntense, mis hijos, y no se violenten por mí. Yo quiero ser vuestro amigo, vuestro compañero, uno de vosotros. *(Se sientan.)*
SALA. Señor Arista...
AREV. Nos tiene usted a su devoción.
ARISTA. Gracias, gracias. Bueno, bueno.
VENTU. Ya en ausencia, el amigo Lorenzo Medina nos ha hecho la presentación espiritual de usted.
ARISTA. ¡Ah, Medina, poetaso, che, poetaso!
MEDI. Gracias, don Diego.
ARISTA. Justicia, mi hijo. Esta es la palabra.
MEDI. ¿De dónde viene usted, don Diego?
ARISTA. Del Congreso.
VENTU. ¿Qué le parece a usted nuestro Parlamento?
ARISTA. *(Después de vacilar un momento.)* Yo hablo siempre, mis hijos, con el corazón en la mano. Estoy ante jóvenes, todo talento y porvenir. Esta es la palabra. Y puedo expresar mis ideas, ¿no?
SALA. Con toda confianza.
ARISTA. Bueno, bueno. Impresión ingrata, che, por lo que se trataba y por cómo lo trataban; afán de chismorreo, abandono de las cosas elementales para la salud del país, chistes, vulgaridad. Cantidad de representantes, calidad escasa; moralidad sospechosa, viejos fosilizados, jóvenes tilingos, que decimos allá. Un bochinche bárbaro, mis hijos; un bochinche bárbaro.
VENTU. Y Madrid, ¿qué le parece?
ARISTA. Lindo, no más. Sin embargo, me asombra esa cantidad enorme de tertulias que hay en los cafés en las horas más preciosas para el tra-

bajo. En América, che, los cafes están desiertos durante el día... Tienen los argentinos un nombre gráfico para el que aparece inactivo en un bar o café cuando la ciudad trabaja. Ese nombre es "atorrante". Me consta, mis hijos, que nuestro pueblo es laborioso; pero me duele que la falta de una crítica dura en las costumbres pueda motivar que por una apariencia de los menos, haga Madrid en el ánimo de un extranjero la impresión de una inmensa punta de atorrantes. Eso no, mis hijos.

SALA. Si el extranjero es observador, comprenderá perfectamente que no es el pueblo de Madrid ése que salta a la vista en las tertulias de los cafés durante el día...

ARISTA. Entonces usted opina que esos tertulianos no son madrileños, ¿no?

SALA. No, señor.

ARISTA. Cierto, bueno. Convenimos, pues, en que ese aspecto de Madrid es el de una tertulia enorme de gentes llegadas de todas las provincias de un mundo bien avenido con el parasitismo social, que consiste en medrar a la sombra del presupuesto, según manden blancos o colorados; en vivir de la recomendación del cacique, del influjo del político, de la intriga, del pequeño "chantage" de todas las horas y de todos los momentos; sin ideal, sin la perdida grandeza. Por eso noto a Madrid ausente de su fuerte personalidad histórica. Por eso, siendo Madrid la capital de España, no late en Madrid el corazón de España, de una España hambrienta de pan y de justicia, tan desconocida en esta inmensa tertulia como en la Pampa de donde vengo. Triste cosa, mis hijos, que, así como la representación nacional está suplantada por el diputado cunero, la fisonomía de la capital de la nación esté desfigurada por el español cunero.

MEDI. Viene usted fuertecito, don Diego.

ARISTA. Acabo de pasar por la calle de Sevilla, che.

Una vía europea, linda no más. Yo venía preocupado por esos rumores inquietantes de si nuestro país interviene en eso de la guerra... De pronto veo multitud enorme estacionada leyendo ante siete u ocho pizarras de un mismo periódico una punta de telegramas... La imagen de semejante terrible desgracia nacional llena mi ánimo de pavura... Acércome a la multitud ansiosa con esta pregunta en voz alta: "¿Es la guerra?" Cuando leo, y... ¡son los toros!

VENTU. *(Riendo.)* ¡Buen chasco!

MEDI. *(Lo mismo.)*

"Pues de estas cosas veréis,
si en esta casa os quedáis,
lo menos seis por semana"

SALA. Más vale que fueran los toros, que no la guerra.

ARISTA. Despacio, mi hijo; que más vale ser víctima de una desgracia que no de un vicio... Y no es esta impresión solo de la calle de Sevilla, no; que traigo la retina angustiada por otras visiones más desgarradoras. Figuraos que recién llegado a España tuve que visitar Ríotinto, La Carolina y Linares. Y cuando ya montaba en el rápido en la estación de Baeza, donde hay el cruce con el descendente de Madrid, noto el tren, mis hijos, rodeado por turba enorme de gente desarrapada, paupérrima, analfabeta, que venía numerosa de todas direcciones a un solo punto, donde un mancebo de saco y gorra era reverenciado como un Dios. "¿De qué se trata?", pregunto. "El fenómeno Joselito el Gallo—me dicen—, que pasa a torear el Corpus a Granada..." ¡Cosa bárbara, mis hijos, porque yo traía candente en mi cerebro la visión de leguas y leguas de minas y minas de plomo argentífero, plata, hierro, cobre, que constituyen una de las mayores riquezas mineras del

globo sustraídas al pueblo español por Compañías inglesas, alemanas, belgas, vinculadas en territorio nacional, como colonias extranjeras... Me había hospedado en hoteles de Compañías extranjeras, había paseado en "tramways" de Compañías extranjeras, en aquel momento viajaba en el rápido de una poderosa Compañía extranjera... ¡Todo era extranjero en mi patria, mis hijos, todo, menos el "fenómeno", que era nuestro! ¿Les canso?

SALA. No, no, por Dios, don Diego.

MEDI. Siga usted.

ARISTA. Bueno, bueno. ¿Qué pudiéramos hacer, mis hijos, los hombres de corazón, para salvar esta nuestra España, que se nos muere en los brazos? Porque yo, ¡qué esperansa!, creo en los grandes destinos de mi patria. El pueblo no está enfermo, el pueblo está dormido. Hay que despertar con un fuerte llamado aquella energía que hizo desplegar al viento del Chimborazo la enseña inviolada de Castilla; pero no para la conquista de nuevos mundos, que todos están descubiertos en nuestra edad, sino para la reconquista de nuestro viejo mundo espiritual, perdido en el pesimismo, che, que mata la esperanza... La raza de hoy, mis hijos, es la misma de ayer. No tenés vos más que comparar al español que emigra, ¡lindo tipo, no más!, con el que aquí vegeta. El de allá, lucha con la Naturaleza a brazo partido, y se impone, y cuanto más se impone, más se fortifica con el respeto de las leyes y el amor optimista de la patria lejana.. En cambio, el que queda acá se rinde, sin lucha, al oligarca..., al parásito, al atorrante que hemos visto... ¿Por qué esa relajación en los unos y esta alta vitalidad en los otros?... Porque aquí está la ciénaga, mis hijos. Los españoles de acá, cuando perdieron las colonias, hecho el espíritu a la maldita administración nacional, causa de su pérdida, tomaron sus propias provincias como nuevas co-

lonias que detentar, tratando el cacique a la gente de su feudo como a indios, aztecas o malayos. *(Oyese dentro ruido de timbres y murmullos.)* ¿Qué pasa?

VENTU. Que va a empezar la fiesta de la copla española.

AREV. *(Asomándose a la izquierda y llamando a persona que se supone que pasa.)* Teodoro, Teodoro, avíseme usted cinco minutos antes de salir Regina Pastora. *(Volviendo a don Diego.)* Usted perdonará. pero tengo que hacer la presentación al público de la genial bailarina.

ARISTA. ¡Qué pavada! Pues vaya no más.

AREV. Si tengo tiempo.

SALA. Siga usted, don Diego.

VENTU. Soy todo oídos.

ARISTA. Bueno, bueno. No es lo mismo, mis hijos, amar la patria en el terruño que amarla en la soledad lejana de la campaña gauchesca. Rapaz de diez y ocho años era yo cuando salí de Covadonga, mi buena tierra madre .. En la libre Argentina quiso la Providencia juntar bajo mis manos un platal, mi amigo, para mí y para los mios, ¿no? Y también para mi vieja España, ¡qué esperansa!, cuya lacerias nos llegaron al corazón a todos cuando la guerra yanqui. Yo soy muy rico, mis hijos. No lo digo resién por deslumbrar con pompas de indiano fachendoso, sino por mostraros mejor mi corazón en la mano, porque quiero entregarme a vos. He realizado una inmensa fortuna no más, y tengo unos millones de pesos que poner al servicio de una idea grande. Esta idea, para mí, no puede ser otra que la regeneración de la patria, y aunque un hombre no es nada para acometer esta empresa, la plata es algo si se sabe emplearla en buena simiente que echar al surco... Esta simiente no puede ser otra que la letra de molde... Yo estoy convencido de que sólo con los llamados de una Prensa masculina puede despertar el pue-

blo. Por eso quiero yo hacer un periódico romántico, abnegado, duro, que enseñe al pueblo sin adularlo, que anime al pobre de espíritu y dé confianza al valeroso; que seccione todo lo podrido, que muestre todo lo sano, y que como lema santo cierre todos los días contra los compadres políticos y los partidos viejos, como Jesús en el templo contra los mercaderes...; que luche en nombre de España, y no a impulsos del estómago; que sepa hacer justisia, aunque no reparta dividendos, que para eso está mi plata, mi entusiasmo, mi vida, que está aquí en las manos de vos, mis hijos, que sois la juventud.

MEDI. Me ha entusiasmado usted, don Diego.
VENTU. ¡Bravo, bravo!
SALA. Sin embargo...
ARISTA. Diga no más.
SALA. Creo que nuestra Prensa cumple con sus fines culturales.
ARISTA. Ya lo he visto en la calle de Sevilla.
SALA. ¿Qué tiene que ver? Los telegramas son noticias, y publicarlas es un derecho y un negocio lícito.
ARISTA. Ni lo extraño, ni lo censuro; pero sostengo que no es posible la austeridad completa cuando hay un fin industrial, por legítimo que sea. "Ideal" y "Negocio" son palabras que pueden verse juntas en los pueblos prósperos y sanos. En los pueblos enfermos, si hay un ideal tiene que ser con presupuesto de pérdidas... El que enciende un faro, como el que lanza un periódico, es para alumbrar el buen camino.
SALA. ¿Y cómo va usted a titular su periódico?
AREV. Eso, eso: ¿cómo va usted a titularlo?
VENTU. Es muy importante.
AREV. Importantísimo.

MEDI. "Porque el hombre es el nombre,
y es su primer fatalidad su nombre."

ARISTA. *(Encantado.)* Vea, mi amigo. Digan no más su parecer. Gústame verles interesados.
MEDI.
AREV. } No no.
VENTU.
SALA. Proponga usted.
ARISTA. *(Con candoroso entusiasmo.)* Yo quisiera que el título fuera brillante, sugestivo, que hablase de patria y esperanza, que dijese mucho al corazón del patriota... *(Pausa, observando con extrañeza la sonrisa escéptica de sus oyentes.)* ¿No les gusta? Digan con franqueza...
SALA. Los títulos patrióticos están mandados recoger, don Diego.
ARISTA. ¿Qué dice?
SALA. Que a la gente no se le puede hablar del sentimiento de la patria, ni que le cuelguen a uno el mote de patriotero. Esta palabrita está en circulación desde que perdimos las colonias.
ARISTA. ¿Y quién fué el mal hijo que la inventó?
AREV. Hay que huír de lo que parezca sensiblería.
ARISTA. ¡Sensiblería! ¡Patriotero! ¡Pobre país cuando se lanza al descrédito sobre las grandes palabras! Patriotería es la corona de espinas, es el "iuri" del vocablo patria... Hay voces, mis hijos, que no es permitido llegar a ellas, porque están por encima del idioma. *(Oyense dentro aplausos.)*

ESCENA VIII

Dichos y un *Criado.*

CRIAD. *(Por la izquierda.)* Señor Arévalo...
AREV. *(Saliendo precipitadamente.)* Voy.
CRIAD. Que va a bailar la señorita Pastora. *(Dentro crece la animación. Vase el criado.)*
VENTU. ¿Vamos a verla bailar?
MEDI. *(Levantándose.)* Venga usted, don Diego.

ARISTA. Aguardo solo.
SALA. No, que yo le acompaño.
MEDI. Venimos en seguida. *(Vanse Ventura y Medina.)*

ESCENA IX

Don Diego Arista, Salazar y *Tapia,* durmiendo en su diván.

SALA. Aprovecho el instante en que todos se han ido para decir a usted con toda lealtad que yo no sirvo para explotar la candidez de ningún hombre de buena fe, por simple que sea, cuando tiene un ideal, por equivocado que esté.
ARISTA. *(Atónito.)* ¿Qué dice, mi hijo?
SALA. Que le aguardan infinitas burlas, amarguras y decepciones... Observe usted, sin embargo, que este alerta mío es tanto más desinteresado cuanto que vivo de mi pluma, y podría, como los otros, disponerme al asalto del talonario de cheques que lleva usted encima. Renuncio a ello por respeto de mí mismo, y por no presenciar lo que adivino, no asistiré esta noche a la comida en su hotel. *(Arista le mira cada vez más asombrado.)* Yo no tengo fe en la gente de mi patria y de mi tiempo. *(Oyese dentro otro aplauso entusiasta.)* Aquí lo esencial es la divina Pastora.
ARISTA. Escéptico no más, pero bueno, caballeresco...
SALA. ¡Primo!, como dicen por aquí.
ARISTA. *(Tendiéndole la mano.)* Vos no tenéis fe; la tengo yo. Quédese, mi hijo, no me deje.
SALA. Escuche...
AREV. *(Dentro, como si se dirigiera al supuesto auditorio.)* "Aquí tenéis, señoras y señores, a la hembra suprema que lleva en los volantes de su vestido gitano todo el prestigio de la patria. Ella es la danzarina de piel de bronce y ojos de misterio. No parece sino que es una

"terracotta" modelada por un actual escultor de Tanagra, y policromada por Goya, en colaboración con Zuloaga y Romero de Torres. ¡Paso a la raza! Esta es, señoras y señores, la España del siglo veinte." *(Aplausos dentro.)*

TAPIA. *(En su diván, entre sueños.)* Esta es, señoras y señores, la España del siglo veinte.

ARISTA. *(Mirando fijo a un punto imaginario del interior de los salones.)* Vea, mi amigo Salazar. ¿Quién es aquel hombre de torso grande y cabeza griega, que entre aquella montaña de libros no cesa de trabajar? Un rayo de luz le da en la frente... ¿No le ve?

SALA. *(Atónito, como si se hallara ante lo maravilloso.)* Sí, señor; le veo...

ARISTA. ¿Quién es?

SALA. Si fuera supersticioso, si creyera en aparecidos... le diría...

ARISTA. ¿Qué?

SALA. Que aquella es la sombra de Joaquín Costa.

ARISTA. ¡Calle! ¡Calle!... Yo sí lo veo... ¡Es él! Los muertos viven... Recordando las consejas de aparecidos que oí de rapaz a los viejos de mi aldea, puedo decir a vos que las almas en pena están entre nosotros en tanto dura la causa de su dolor aquí abajo... ¡Es él, y no trabaja!... ¡Está llorando, mi hijo, llorando! ¡Esta es la palabra!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salón en casa de don Diego. Se supone que vive en el mismo local donde está establecida la redacción del nuevo periódico. La puerta del fondo da acceso a la redacción. En su frontis se lee un letrero, que dice: *La Reconquista,* diario de la tarde. A la izquierda, una puerta que conduce a la habitaciones interiores de don Diego. En el ángulo de la izquierda hay una mesa despacho. De las paredes penden periódicos, etc. Es de día.

ESCENA I

Medina, Arévalo y Rodríguez.

MEDI. Yo lo que digo y sostengo es que el fracaso del periódico se debe únicamente a esa confección ridícula, que lo presenta al público sin revistas de toros y sin relatos de crímenes pasionales ¿Puede entretener al vulgo un papel semejante? Faltan los chismorreos de los políticos y de los cómicos; falta la amenidad y la gracia. La voracidad del público pide carne, que es lo que he dicho, y le dan en cambio huesos.

AREV. Moralidad, justicia, patriotismo...

MEDI. Huesos difíciles de roer. Hay que desengañarse. El público no pide que se le instruya, pide que se le divierta. Y hace bien, ¡qué caray! Bastantes amarguras hay en cada casa para que vengamos a aumentarlas con artículos redentoristas. Además, eso de la austeridad es una filfa, y el oficio de pedagogo una cosa intolerable.

AREV. Exageradillo, pero razonable en el fondo.

RODRI. Tengo la campanilla seca de aconsejar a don Diego para que anime la venta del periódico con una rifita de billetes de toros.

MEDI. Calla, calla. Está el hombre como para que le aguanten en la Patagonia. Tanto moralizar, tanto regenerar, me tiene la sangre frita. Además,

me coge en un día en que reniega uno hasta de su padre. Me acosan los ingleses, me buscan, me hostigan. En la puerta de la calle hay un matatías aguardándome, y no se hunde el pavimento, como si esta parte del subsuelo fuera la única que estuviese firme. Y cuando se vive en un país que no le protege a uno en contra de los *ingleses*, que son súbditos extranjeros, reniega uno de su tierra y de su imposible regeneración. Más dinero y menos sermones. Detesto la pedagogía sin bienestar; abomino de la civilización y digo como en mi pueblo, cuando el Estado le hizo el aparente bien de construirle una carretera: "Nos va a jorobar el Gobierno con esta carreterita", dijeron los palurdos. Y en efecto: por allí vinieron todos los males escapados de la caja de Pandora. Nos va a jorobar don Diego con su periodiquito. Eso digo yo.

AREV. Estás furibundo con don Diego.

MEDI. Estoy en contra de todo lo cursi. Además, chico, no lo puedo remediar. A mí los millonarios, aunque sean bien intencionados, me ponen malo el cuerpo. ¿Hay algo más idiota que ese vanidoso de Carneggie, tirando millones para construir en La Haya un palacio de la Paz, precisamente cuando el mundo entero se pone de acuerdo para romperse la crisma en los campos de batalla? Este don Diego Arista es otro que tal baila. Como todo indiano fachendoso, tiene un afán exhibicionista que pone los nervios de punta. Y delante de uno se permite tirar el dinero en su apostolado grotesco, sin reparar en la terrible dentera que eso produce. Porque ese hombre, o es tonto de la cabeza, o no debe ignorar que uno daría de buena gana un triple salto mortal por cincuenta pesetas. ¿Por qué te ríes?

AREV. ¿Has dado en hueso?

MEDI. Explícate.

AREV. Quiero decir que si le has pedido a don Diego aquellos cuarenta duros que me dijiste.

MEDI. Tú eres comprensivo y puedo contestarte. Antes del lance a que te refieres, opinaba de don Diego que era un hombre de corazón, que podía salvar la patria; ¡cualquiera me tocaba al ídolo! Bueno, pues le pedí anoche los cuarenta duros de marras, que fueron—y tú lo sabes—para pagar un traje de *smoking*, que debo todavía, y que tuve a bien adquirir para decoro del periódico y de mi persona. Y ahí tienes al señor don Diego, cicatero por primera vez, negándome ese modesto subsidio. Naturalmente, excuso decirte que yo desconfío desde anoche del talento de don Diego.

RODRI. *(Atónito.)* ¿Te ha negado dinero?

MEDI. Lo mismo que a ti si se lo pides.

RODRI. Si me dijeras que en la cuesta de las Perdices había aparecido un volcán, no me produciría más efecto. Yo creía que ese hombre era inagotable.

MEDI. Pues se acabó el filón.

AREV. Siempre dije que don Diego carecía de sensibilidad estética.

MEDI. Comprenderéis que hombres como nosotros, de cierto refinamiento mental, podemos subordinarnos, si nos place, a un hombre de talento superior. A los hombres se les puede tolerar por lo que enseñan o por el bien que nos hagan; pero aguantar a un zonzo engreído...

AREV. De ninguna manera.

RODRI. De acuerdo.

MEDI. Yo presento hoy mismo la dimisión y me voy.

AREV. Yo quemaré el último cartucho y me iré también, si es necesario.

MEDI. Sobre todo hay que tener en cuenta nuestra dignidad. Y aunque la vida le obligue a uno a muchas claudicaciones, no está de más dar suelta de vez en cuando al justo sentimiento de nuestro propio valor... Por otra parte, yo no estoy conforme con la marcha del periódico.

Yo no puedo identificarme con esa campaña difamatoria que estamos haciendo en contra de Menéndez Moreno.

AREV. Y ¿qué tienes tú que ver con ese ex ministro?

MEDI. Nada; pero sería pueril que me negaras que esa campaña hiere en el corazón a otro ex ministro...

RODRI. ¿Al maestro Vidal?

MEDI. Justo; al maestro insigne del periodismo, don Alfonso Vidal, que está muy por encima de todos los indianos habidos y por haber. Cierto que ya no es uno de los nuestros, que ya se trata de un conspicuo, de un político de altura; pero de nosotros procede y es carne de nuestra carne. ¿Dónde le hubo más amigo de sus amigos? ¿Más protector de la gente nueva? ¿Quién como él cometió hasta... injusticias durante su etapa ministerial para favorecer a sus amigos? Nadie. Y a mí que no me digan: esto es lo moral y esto es lo decente y lo tradicional en España. Por los amigos todo, con razón o sin ella. Lo contrario es apuntar al cocido, y en ese caso me pongo yo frenetico.

ESCENA II

Dichos y Larita.

LARITA. Salud, buena gente.

AREV. Adiós, currinche.

LARITA. ¿Qué se murmura? ¿Qué se dice? ¿Qué se miente?

MEDI. Se murmura de todo. Se dice que tienes talento. Ya sabes lo que se miente.

ESCENA III

Dichos y Don Diego Arista.

ARISTA. Buenas tardes, mis hijos.
TODOS. *(Levantándose.)* Buenas tardes.
ARISTA. Estarse quietitos, ¿no? *(Arista se sienta ante su mesa y abre cartas, que va leyendo.)*
MEDI. *(Aparte a Arévalo.)* Parece contento.
AREV. Yo no sé cómo puede estar contento un hombre que pierde más de un millón de pesetas en tres meses.
ARISTA. *(Interrumpiendo la lectura de sus cartas, con un gesto de asombro y disgusto.)* ¡Che!...
MEDI. ¿Qué dice usted, don Diego?
ARISTA. ¡Linda punta de anónimos me espera todos los días sobre mi mesa! ¡Vea qué lindura!
AREV. No los lea usted.
LARITA. Eso se desprecia.
ARISTA. Amenazas... insultos...
MEDI. Al cesto, al cesto.
ARISTA. No; quiero leerlo todo. Lo más cobarde, lo más canalla. Así se tonifica el jugo gástrico. Como Zola, en *Mis odios*, quiero tener el estómago preparado para desayunarme con sapos. El que quiere escribirlo todo, debe leerlo todo. *(Leyendo otra carta.)* Menos mal que éste se contenta con llamarme guacamayo. Pide en postdata que me desplumen pronto y que me suelten en la Pampa. *(Tirando el papel.)* Será servido, amigazo. *(Tomando otra carta.)* Este otro... ¡Canalla! *(Arruga la carta en el puño y hace ademán de tirarla.)*
MEDI. ¡Don Diego!
ARISTA. *(Desarrugando el papel.)* Juraría que la letra es de un amigo. *(Lo tira.)* ¡Bah, bah!
RODRI. Es una lástima que haya leído usted esos anónimos.
ARISTA. ¿Por qué lo decís?
RODRI. Porque estaba usted contento.

ARISTA. Y recién lo estoy. Lindo estaría que un hombre honrado perdiera el equilibrio interior por la pavada de un mal sabor de boca. No, mi amigo, no. Lo esencial en la lucha que yo sostengo es no sentirse abandonado, es saber que se cuenta con nobilísimos amigos, como lo sois vosotros, desinteresados no más, jóvenes paladines sedientos de ideal y de justicia.

MEDI. Usted nos conoce, don Diego.

ARISTA. ¿Cómo no? Yo conozco a los hombres no más que con mirarles a los ojos. Los ojos son las ventanas por donde el alma se asoma, che. ¿Queréis venir conmigo? Tengo que hablar con vos, amigo Medina.

MEDI. Le sigo, don Diego. *(Hacen mutis por la izquierda.)*

ESCENA IV

Arévalo, Larita y *Rodríguez.*

RODRI. Este hombre es desconcertante.

AREV. Por un lado es cándido como una codorniz. Por otro, le suelta una fresca al lucero matutino.

LARITA. Yo creo que nos toma el pelo.

AREV. ¿Para qué habrá llamado a Medina?

LARITA. Estoy intrigado.

RODRI. Y yo. *(Llaman al teléfono.)*

LARITA. El teléfono, tú.

AREV. *(Hablando por teléfono.)* Hola... ¿Con quién hablo?... *(Con una entonación de asombro.)* ¿¿Eh??... No, si no me extraño, don Alfonso.

RODRI. *(A Larita, muy intrigado.)* ¿Don Alfonso?

AREV. Ya sabe usted que tiene en mí un esclavo... Nada de eso, agradecido nada más... Sí, señor: acaba de llegar... Pero, ¿viene usted a esta casa?... Le repito a usted que estoy curado de espantos... Sí, señor... Prometido... A sus órdenes. *(Cuelga el teléfono. Rodríguez*

y Larita acuden a él llenos de curiosidad.)

LARITA. Pero, oye, oye.
RODRI. ¿Con quién hablabas?
LARITA. ¿Es don Alfonso?
AREV. He prometido callar.
LARITA. ¿Secretos?
RODRI. Eres un mal amigo. *(Haciendo cábalas.)* ¿Será...? Pero, no. Es absurdo pensarlo.
RODRI. ¿Don Alfonso Vidal?
LARITA. *(A Arévalo.)* Hombre, revienta de una vez.
RODRI. Nos tienes como a Tántalo.
AREV. Curiosos, más que curiosos.
RODRI. Ese es el oficio del verdadero repórter: la curiosidad.
AREV. Después de todo, vais a saberlo antes de media hora. Don Alfonso Vidal viene a visitar a don Diego.
LARITA. ¿Que viene el maestro Vidal?
AREV. El mismo que viste y calza.
RODRI. Pero, ¿cómo es posible?
AREV. *(Reflexivo.)* Ya voy teniendo la clave de la verdadera actitud y de las secretas ambiciones de don Diego.
LARITA. ¡Chico!
AREV. Todo ese tinglado moralizador y patriótico, toda esa prosa redentora, que con plumas alquiladas echa diariamente a la calle, no tiene más objeto que darse pisto, pescar un acta y ser personaje.
LARITA. Lo mismo voy pensando. ¿Qué se propone ese hombre con una campaña sospechosa de saneamiento social? ¿Qué busca?
AREV. Es raro que no diera antes en el hito. Este buen señor que no ha hecho en su vida otra cosa que trabajar en América, viene a España decidido a ser un figurón. Los redentores en este siglo y en este país tienen la virtud de escamarme. Cuando veas a uno que quiera salvarnos duda siempre, refúgiate en tu sentido común, y pregúntate: ¿qué quiere este salvador? ¿Qué se propone este redentor? Por-

que algo muy personal es lo que suele buscarse cuando en apariencia se lucha por el bien colectivo.

LARITA. Y buen ejemplo nos dan ciertos conductores de multitudes.

AREV. Exacto. Los españoles somos esencialmente individualistas. Con rarísimas excepciones solicitamos nuestro propio bien antes y por encima del bien general. Esa frasecita traducida de *vivir su vida* ha sido española antes que de ninguna parte.

RODRI. Por eso España es el país más deliciosamente anárquico del planeta.

AREV. Naturalmente: un inglés, un yanqui, un alemán, es un tipo gregario siempre, una parte minúscula del rebaño nacional a que pertenece. En cambio, un español es algo que está por encima de todo eso. El español lleva siempre dentro un soberano, un aventurero y un ácrata. Por esta condición precisamente, los españoles han sido los primeros conquistadores del globo. Así resultan los españoles, considerados colectivamente, un valor "negligeable". como dicen los diplomáticos. En cambio, un español aislado es capaz de imponerse a medio mundo.

LARITA. Bueno, bueno; deja esas consideraciones para un articulito, y dinos en qué fundas tus sospechas acerca de las presuntas ambiciones de don Diego.

AREV. ¿Tú crees que don Alfonso Vidal, hombre de mundo, ex ministro más liberal que Riego, y habilísimo mangoneador de la cosa pública, puede venir a esta casa más que a terminar de una vez con la furibunda campaña que hace *La Reconquista* en contra de la Compañía Minera del Pedroso, en contra del abogado de la misma, el ex ministro Menéndez Moreno, y de rechazo en contra del propio don Alfonso Vidal? Vidal, buen jugador, no aventura un peón sin tenerle debidamente protegido. Vidal,

hombre de pupila, ha "tañado" a don Diego, como dicen los cañís. Sabe que don Diego ha podido adquirir documentos comprometedores para proseguir con brío su campaña periodística, y viene esta tarde con la seguridad de arrancar a don Diego esos documentos, que son oro, a cambio de unas cuentas de vidrio, que serán un acta de diputado, una Gran Cruz, o cualquier merced oficial para que la vanidad plebeya de nuestro indiano se ponga así de ancha. Puedes creerme: esta tarde capitula el redentor. La historia de muchas claudicaciones.

ESCENA V

Dichos y *Medina*, que viene de la puerta de la izquierda. Luego un *Ordenanza*.

MEDI. ¿Qué es eso? ¿Quién claudica por aquí?
AREV. ¡Medina!
MEDI. Ya podéis hablar bajito. Todo se oye y he estado haciendo equilibrios en mi plática con don Diego a fin de que no parara mientes en vuestra murmuración. Y de hoy más, sabedlo bien, no consiento murmuraciones, ni chistes, ni juicios temerarios en contra de don Diego, que sobre ser un hombre de grandísimo talento, es un patriota, un corazón magnánimo y un profesor de energía.
LARITA. Pero, Medina...
MEDI. Basta, digo.
AREV. ¿Hablas en serio?
MEDI. ¿Por quién me tomas?
AREV. ¿No decías antes que don Diego era un batata?
MEDI. *(Haciendo sonar un timbre.)* Yo no he dicho nunca tamaño dislate. A ver: ¿dónde está ese miserable que me esperaba en la puerta? *(Preséntase un Ordenanza.)* Ordenanza.

ORDE. Mande usté.
MEDI. ¿Está abajo ese caimán?
ORDE. No hay quien lo eche, señor Medina.
MEDI. Dígale usted que suba. Pero no, bajaré yo a despacharle. No quiero que Harpagón profane este santuario con su presencia. *(Vase puerta foro, seguido del Ordenanza.)*
LARITA. ¡Ay, mi madre!
RODRI. Este Medina ha llegado, ha visto, y ha vencido.
AREV. *(En la puerta de la izquierda.)* ¿Se puede pasar, don Diego?
LARITA. Don Diego, ¿da usted su permiso?
RODRI. Don Diego... *(Entran los tres, casi al mismo tiempo, en las habitaciones privadas de don Diego.)*

ESCENA VI

Doña Clarita y *Don Ramón Castilla*, por el foro.

(Doña Clarita es la digna compañera de don Diego. Viene de la calle. Don Ramón Castilla es un hombre viejo, pobremente vestido. Lleva melena romántica, bigote blanco y luchana.)
RAMON. Ya está el periódico a punto de salir a la calle.
CLARI. No diga más, don Ramón. Esta aventura de mi esposo me tiene sin vida.
RAMON. Déjele, señora, déjele luchar por lo que él estima el bien de su país.
CLARI. El bien de su España, cierto...
RAMON. ¿No es usted española?
CLARI. Soy argentina.
RAMON. Ya...
CLARI. Pero soy española también, viejito, soy española porque mi hogar es español. Vea: mis hijitas son españolas, mi Diego es español... Yo nací en la campaña argentina, en una estancia cerca de Córdoba, de una Córdoba que se parece mucho a la sultana de acá. Sin Sé-

neca, ni gran Capitán, cierto; pero también sin toreros, cierto no más. ¿Qué decís, viejito?

RAMON. Doña Clarita, es usted una gran mujer.

CLARI. Mujer; vea lo que he querido ser siempre, don Ramón. Mujer honesta y casera, sin otra vida que la del marido y la de los hijos, ¿no? Por eso, por el amor al hogar, las mujeres un poco chapadas a la antigua, tenemos agudizado el olfato para ventear al enemigo que puede atacar nuestro rebaño. Cuando el marido se entrega a un amigo traidor que le vende y explota, la mujer, por zonza que sea, nota el peligro y grita el alerta. El amor en este caso, no quita, sino da el conocimiento. El marido, ciego, no la oye, y entregándose más y más a quien le engaña, responde a las alarmas de la compañera juiciosa, diciéndole: "¿Tú qué sabes de la vida, inocente mujer?" Y cuando, por fin, nota el fraude y el desengaño tardío le quita la venda de los ojos, se contenta con exclamar: "¡Che... pero qué instinto femenino tienes!"

RAMON Doña Clarita: ¿puede usted decirme, si no es indiscreción, a quien ha tachado de sospechoso el instinto de usted en los menesteres del periódico?

CLARI. Viejito: piense no más en sus personales antipatías y ponga mi respuesta en ellas.

RAMON. ¿No se trata de mí?

CLARI. ¿Hablaría con usted si se tratara?

RAMON. Perdón, señora, y gracias por la honra que me dispensa.

CLARI. Usted ha sido un hombre...

RAMON. Justo: un hombre que ha sido. Tiene usted razón.

CLARI. No lo dije...

RAMON. No se disculpe, doña Clarita, que me es usted muy simpática. Repito que yo no soy de este tiempo. Antiguo redactor de "La Iberia", viejo amigo de Prim y Carlos Rubio, me batí en las barricadas de la cuesta de Santo Domin-

go por la libertad. Con mi generación, ya desaparecida, trabajé románticamente por conseguir una España mejor. Pudimos equivocarnos, pero nuestro ideal fué grande... ¡Viva España con honra! ¡Con honra! Hay que fijarse bien en la palabreja... ¡Con honra!

CLARI. Decís bien, viejito. ¿Cómo puede ser la vida sin ella?

RAMON. Aquí donde usted me ve, he sido diputado y gobernador. He podido enriquecerme, pero nada de eso, doña Clarita. Sin alabarme puedo decir a usted que he sido honrado hasta el heroísmo, hasta el martirio, señora; que los hombres que viven sólo de su pluma pasan por trances en que la honra necesita toda su esencia divina para mantenerse firme. He llegado a viejo sin un real, pero con la conciencia serena y la frente alta. Fuí periodista por vocación y estoy orgulloso del oficio que escogí. Me visto casi de andrajos, me aguarda un hospital... ¡no importa! Lo acepto sin rebeldía. Pude ser rico y preferí ser bueno. En viejas colecciones de periódicos lucharán con la polilla artículos míos en que sólo resplandece el ideal desinteresado. Un poco viejo de gustos, nunca escribí las voces extranjeras que han ido invadiendo nuestro idioma. Por ejemplo: la palabra "chantage" nunca fué traducida por mí. Se habla del proletariado, señora; pero no se sabe nada del proletariado de la Prensa. La gente que nos ha leído no puede imaginarse no sólo la escasez, sino la amargura de nuestro pan. Pero, ¡qué diablo! Yo estoy contento.. ¡Viva España con honra! ¿No es verdad que ya no voy siendo de este mundo?

CLARI. ¡Pobre viejito! ¿Y por qué no permite usted que le socorramos?

RAMON. *(Indignándose.)* Porque yo no pido limosna, señora. Yo traigo un artículo y...

CLARI. Disculpe, don Ramón.

RAMON. Mientras que paguen mi trabajo, bueno. Doña Clarita, yo no quiero que usted me confunda con las personas de quienes sospecha, con razón, que explotan a su marido. Yo no soy de esos. Por supuesto, que la culpa se la tiene don Diego. Si se hubiera dejado guiar por gente seria... ¡Si hubiera acudido a mí!

CLARI. Hable, hable.

RAMON. Porque esos que le rodean no son periodistas, señora.

CLARI. Diga no más.

RAMON. Esos son... señoritos. El señorito que no es otra cosa que señorito, es un producto de nuestros días. ¿Que hay una familia con la desgracia de un chico holgazán, mal estudiante, juerguista, y que por consecuencia se encuentra al entrar en la vida sin oficio ni beneficio? Pues esa familia ha tenido el triste privilegio de dar al Estado un señorito. Y como los hijos de este país son generalmente avispados, con talento natural y audacia para abrirse puertas, vea usted por dónde los que no son otra cosa que señoritos, no tienen más que dos salidas: la política o el periodismo, que en un pueblo dormido son el salvamento de muchos naufragios. Y como la palabra "señorito" tiene sus concomitancias con la palabra "chulapería", se da en política el chulo y el parásito, como puede darse el tipo del matón periodístico. Pero esto no tiene nada que ver con la Prensa honrada ni con la política seria. Cosa muy distinta es el muérdago de la encina, aunque a la simple vista pueden parecer la misma cosa; pero si queremos salvar la encina, se impone arrancar el muérdago.

CLARI. ¡Qué bien decís, viejito, qué bien!

RAMON. Y hay gente buena, señora, en política, en Prensa y en todo; pero la gente buena, como está metida en casa y no bulle, parece que deja el sitio a la gente mala; y no es así, doña Clarita: que unos presagios de renovación

están estremeciendo el letargo del país, y, ¡ay!, cuando el pueblo despierte, de los aventureros y de los señoritos! *(Se oyen dentro voces de chiquillos que venden la tirada del periódico.)*

VOCES. ¡"La Reconquista"! ¡"La Reconquista"! ¡"La Reconquista"! *(Se van alejando los pregones de los vendedores y dice don Ramón.)*

RAMON. Ya está el periódico en la calle.

CLARI. Tengo miedo.

RAMON. ¿De qué, doña Clarita?

CLARI. No sé de qué; pero lo tengo.

RAMON. *(Mirando la puerta de la izquierda.)* Aquí viene don Diego entre señoritos... ¿Por qué no se habrá rodeado de periodistas?

ESCENA VII

Dichos y *Don Diego,* que viene por la izquierda, acompañado de *Arévalo, Larita* y *Rodríguez.* Estos tres quedan aparte, formando grupo.

ARISTA. *(Viendo a su mujer.)* ¿Estabas aquí, mi hija?

CLARI. Sí, mi Diego, aquí estoy. Te esperaba conversando con el viejito don Ramón Castilla, que es un gran conversador.

ARISTA. *(A Castilla.)* ¿Cómo va, don Ramón?

RAMON. Tirando de lo que me queda de vida, don Diego. *(Se oye el ruido de un automóvil, que se supone para ante la casa.)*

AREV. *(Aparte, a Larita y a Rodríguez.)* ¿A qué habrá venido este fósil?

LARITA. ¡Figúrate! A entregar un artículo de recuerdos antediluvianos.

AREV. Lo único que le faltaba a don Diego: la prehistoria.

ESCENA VIII

Dichos y *Medina*, que viene por el foro.

MEDI. ¡Don Diego!
ARISTA. ¿Qué pasa, que venís tan demudado?
MEDI. No es para menos... ¿Sabe usted quién le visita?
ARISTA. Recién me lo ha dicho nuestro amigo Arévalo: don Alfonso Vidal.
MEDI. El mismo.
AREV. El enemigo parlamenta, don Diego.
RAMON. Pues hace falta audacia y tupé para presentarse aquí. Yo me voy.
CLARI. No, viejito, no nos deje. Mi Diego, la visita de ese hombre es de mal agüero. Mira lo que haces.
ARISTA. Ten confianza, mi hija, y no seas zonza.
MEDI. *(Oficioso.)* Al revés. Esto huele a capitulación. Ya verá usted cómo las cañas se vuelven lanzas.
RAMON. *(Contrariado.)* ¡Por vida!...
MEDI. Ya está aquí.

ESCENA IX

Dichos y *Don Alfonso Vidal.*

VIDAL. *(Desde dentro.)* ¿Es éste el despacho de don Diego Arista?
ARISTA. *(Acudiendo a recibirle.)* Adelante, señor. *(Sale don Alfonso Vidal. Viene de levita y chistera, mucho empaque; respira vanidad por todos sus poros.)*
MEDI. *(A Vidal.)* ¿Quiere usted que le presente?
VIDAL. Gracias, Medina; pero he pensado que hay momentos en que huelgan las presentaciones.
ARISTA. Decís, don Alfonso. Yo soy el Diego Arista que vos buscáis.

VIDAL. Pues celebro en el alma conocerle. *(Le tiende la mano, que Arista estrecha en silencio.)* Convendrá usted conmigo en que ésta es la mejor presentación.

AREV. Su solo nombre va a todas partes, don Alfonso.

RAMON. *(Sin poderse contener.)* ¡Cállese el adulador!

AREV. *(Indignado.)* ¡Oiga usted!

VIDAL. *(Repara[illegible]n don Ramón.)* ¡Caramba! ¡Está aquí [illegible]o progresista don Ramón Castilla!... ¡[illegible]o me alegro!

RAMON. *(Con un [illegible] de amarga ironía.)* ¿Me reconoce usted?

VIDAL. ¡Ya lo creo! ¿No recuerda la época en que era usted redactor jefe de "La Discusión"? Yo entré en aquella redacción de meritorio.

RAMON. *(Con malicia.)* Ya... ya...

VIDAL. Qué tiempos aquéllos, ¿eh? ¿Quién hubiera dicho que aquel pobre meritorio iba a llegar a ser ministro?

RAMON. ¿Y aquel redactor jefe iba a llegar a mendigo?

VIDAL. Por falta de flexibilidad en el carácter.

RAMON. En el espinazo.

VIDAL. ¡Hombre, hombre!

RAMON. No cambio un harapo mío de mendigo por una casaca de ministro, si es a costa de la flexibilidad a que usted alude.

VIDAL. ¡Siempre el mismo!... ¡Vaya con don Ramón! Y vamos a ver: diga usted delante de estos señores, sin rebozo alguno, la opinión que tenía de aquel meritorio.

RAMON. Valga mi franqueza. Me parecía muy osado; pero poco culto y menos inteligente.

MEDI. *(Aparte.)* ¡Atiza!

VIDAL. ¡Bravo! Me gusta... me gusta.

AREV. *(Aparte, a Medina.)* Yo creo que no.

VIDAL. Pero luego rectificaría usted. ¿No me recuerda en el año de 1890?

RAMON. ¿Cuando fuimos de propaganda zorrillista por Andalucía?

VIDAL. *(Contrariado.)* No, no... Eso fué en el 88.

RAMON. Era un orador de mitin que no había más que pedir: tremendo, incendiario, casi un anarquista. Estuvo procesado por injurias a la Regente.

VIDAL. Yo creo que me confunde.

RAMON. Luego ha sido ministro de la Corona.

VIDAL. Repito que me confunde.

RAMON. Ya lo creo que le confundo a usted. Digo, no, ¿qué había de confundirlo?

VIDAL. *(Muy perplejo y sin saber cómo desviar la conversación.)* Este viejo... *(Fijándose en doña Clarita.)* Señora, usted me perdone, pero la charla con don Ramón me ha distraído. Supongo que será usted la digna esposa de don Diego Arista.

CLARI. La misma, señor.

VIDAL. Estoy a sus pies.

CLARI. Con su permiso, señor, me retiro. *(A Castilla.)* ¿Quiere usted venir, don Ramón?

RAMON. Donde mande mi señora doña Clarita.

VIDAL. ¿No me da usted la mano, Castilla? *(Se la tiende.)*

RAMON. *(Aceptando con cierta violencia.)* Después de veinticinco años...

VIDAL. *(Reteniéndole.)* ¿Cuándo me pide usted un favor?

RAMON. *(Mirándole a los ojos.)* ¿Yo?

VIDAL. Le recuerdo a usted siempre con el mismo encanto con que se recuerdan las primeras lecturas. Usted y "El Diablo Mundo", de Espronceda, son cosas igualmente queridas para mí. Adiós, señor redactor jefe.

RAMON. Adiós, meritorio.

CLARI. *(Aparte, a don Ramón, mientras hacen mutis.)* No se aparte usted de mí.

RAMON. ¡Quiá! *(Hace mutis doña Clarita haciendo una reverencia a Vidal, mientras dice don Ramón aparte, lanzándole una última mirada.)* Poco valgo si me contemplo; pero mucho si me comparo. *(Vase.)*

MEDI. Supongo que estorbaremos, ¿no, don Alfonso?

VIDAL. Nunca; pero tengo que decir algo muy personal a don Diego.

ARISTA. *(A Vidal.)* A sus órdenes.

MEDI. Adiós, maestro.

VIDAL. Hasta luego, muchachos. *(Medina, Arévalo y los otros redactores hacen mutis.)*

ESCENA X

Arista y Vidal.

ARISTA. Tome asiento, señor. Escúchole no más.

VIDAL. *(Con voz afectuosa, no exenta de ironía.)* ¡Quién diría que este que me habla en criollo es aquel rapaz, llamado Diego Arista, natural de una aldea del concejo de Covadonga, que en sus diez y ocho años, ante de partir para la Argentina, no parlaba otra lengua que la dulce y pastoril, fuerte y bravía, de Caveda y de Teodoro Cuesta!

ARISTA. *(Sorprendido.)* ¡Mi alma, vos juro que non he olvidao el dulce falar de la mi tierra nativa; pero toda una existencia, che, pasada en la llanura pampera!...

VIDAL. ¿Ficiéronle cambiar?

ARISTA. ¿También vos es astur?

VIDAL. ¡Sí, mi alma! *(Cambiando de tono.)* Y perdóneme don Diego, el modo de introducirme en su confianza y creo que en su corazón. Vivamente le suplico que no vea en mí al personaje político. Toda esa farándula, representada por los azares de la vida, queda a la puerta. En este momento, frente a frente, no debe haber más que dos antiguos mozacos de la aldea... *(Ligera pausa.)* ¿Non me recuerdas, rapaz?

ARISTA. *(Admirado.)* ¿Qué decís, señor?

VIDAL. ¿Non te recuerdas de Fonso, del tu amigo

Fonso, que cuando neño iba contigo por carbayeras y pomaradas?

ARISTA. ¡Che!... Vení hasta la ventana pa que os vea, que vos reconozco agora.

VIDAL. ¡Daca un abrazo, home!

ARISTA. ¡Cierto es... cierto! Es el mismo Fonso. Yo suponía que estabas muerto y enterrado largo tiempo ha... ¡Treinta años que me fuí de las Asturias!

VIDAL. A conquistar América.

ARISTA. ¿Y tú te quedaste aquí?

VIDAL. A conquistar España.

ARISTA. ¡Lindo no más! ¡Oh, la vida! ¡Mar proceloso que nos junta y nos separa! Quién me dijera, che, que al cabo de los años me juntaría de nuevo con Fonso, el nin de los puños como guijarros y del vardasco lleno ñúos. Dime: ¿qué ha sido de la tía Celesta?

VIDAL. Murióse.

ARISTA. ¡La probe!... ¿Y de Teresina, aquella que perdióse por culpa de Pachín Cuervo?

VIDAL. La verás en los Madriles, guapina todavía...

ARISTA. ¡Vaya con Fonso!

VIDAL. ¡Vaya con Diego! ¿Non ricuerdas que te acompañé hasta Gijón cuando te fuiste?

ARISTA. Yé verdá.

VIDAL. Luego non supimos el uno del otro; y hasta hoy.

ARISTA. Yé verdá.

VIDAL. Luego, al leer tu nome en los papeles impresos, dixeme: aqueste es mió rapaz.

ARISTA. Cierto... cierto no más. ¿Non faces memoria de aquellas peleas a vardascazos entre dos grupos de mozacos? Tú eras cabecilla de unos cuantos que se decían: "Españoles de Gibraltar." Yo capitaneaba otros rapaces que nos llamábamos: "Españoles de Covadonga." ¿Non te acuerdas?

VIDAL. ¡Ya lo creo! *(Cambiando de tono y muy persuasivo.)* Y ahora que la antigua fraternidad se ha restablecido entre nosotros, ahora que

la vieja confianza anudó lo desatado por el tiempo, quiero llegar a ti, terco inocente...

ARISTA. ¿Qué me vas a decir?

VIDAL. Como un amigo sincero, como un hermano. Porque yo hago una religión de la amistad. Yo soy amigo de mis amigos. Yo pongo la amistad por encima de todos los sentimientos, y no hay que decir que, tratándose de ti, sería capaz de todo.

ARISTA. ¿Qué vas a decirme, nin?

VIDAL. Que yo quisiera, Diego, por los momentos inolvidables que acabamos de añorar, que me escuchases en amigo. Que tuvieras en cuenta que mi consejo honrado tiene el peso de la autoridad de mi posición, del conocimiento de los bastidores de la política, a la cual te lanzas tan inopinada como cándidamente. Yo quisiera que te dejases guiar por mí, para que en vez de consumir tu hacienda y arruinar tu salud, aumentaras la una y salvaras la otra...

ARISTA. Pero...

VIDAL. Vamos a ver: ¿Por qué te metes en esa campaña ridícula de Prensa en contra de Menéndez Moreno? ¿Qué buscas?

ARISTA. El bien de mi país.

VIDAL. ¡Iluso!

ARISTA. ¿Por qué?

VIDAL. Pero ven acá, simple. Menéndez Moreno es un hombre todo corazón. ¿Tú no sabes que si se le puede reprochar en su vida pública algo que no esté muy claro, no lo hizo nunca por él, sino por sacrificarse en aras de la amistad, por ser amigo de sus amigos?

ARISTA. ¡Castiza no más! ¡El bandido generoso!

VIDAL. ¡Diego!

ARISTA. ¡Eso, eso iba a decir! ¡Diego Corrientes!

VIDAL. Concretemos: ¿Qué móvil es el tuyo al meterte con la Compañía Minera del Pedroso?

ARISTA. Combato a esa Compañía porque en colaboración con un ministro amigo tuyo y mediante tus imposiciones caciquiles...

VIDAL. ¿Me acusas?
ARISTA. Y mediante tus imposiciones caciquiles ha logrado adueñarse de montes pobladísimos, que fueron del Estado, de propios y de particulares, ¿no?
VIDAL. Según como se mire.
ARISTA. Y luego, gracias a la influencia del señor ministro, la Compañía adquiere minas de plomo en distintos lugares de España, y fundiciones para los minerales de esas minas, las mas importantes, che, las más ricas... ¡Mi alma, nin! ¿Non te da pena escuchame lo que digo? Tu cómplice el ministro se las ha compuesto de manera que la Compañía impone la ley y el precio a los mineros españoles, con lo que nuestros compatriotas se ven obligados a pasar por las horcas o a vender sus minas a la Sociedad, ¿no? Y la Compañía, no contenta con esta expoliación, empica los subproductos de sus explotaciones en la fabricación de abonos químicos en tan gran escala, que pone la ley y somete también a los agricultores... ¡Lindo no más! Pues bien, mi hijo, yo haré que contra este acaparamiento clame España entera; yo conseguiré que se acuse públicamente a ese personaje de poner en manos del capital extranjero una parte enorme de los elementos vitales de mi patria, como son el carbón, el plomo, la madera, las municiones, los abonos...
VIDAL. No dirás que no he tenido paciencia para oírte.
ARISTA. ¿Reconoces que esto es la verdad?
VIDAL. *(Indignado.)* ¿Qué verdad? ¡Chismes del arroyo!
ARISTA. Ojalá lo fueran; pero las pruebas que tengo...
VIDAL. ¿Vas a publicarlas?
ARISTA. ¡Cómo no!
VIDAL. ¿Aun sabiendo que me perjudicas ante la opinión pública?
ARISTA. Esta perspectiva me da una pena con que no

contaba... ¿Por qué has venido, nin? Tu nombre va unido a lo mejor de mi vida. Eres el único afecto grande que dejé en mi tierra...

VIDAL. Es por tu bien por lo que vengo, Diego. ¡Ea, no me muevo de aquí sin que me des tu palabra formal de que ha terminado esa campaña! Es estúpido lo que haces, hombre... ¿Qué te echas en el bolsillo con perseguirnos?

ARISTA. Decir la verdad.

VIDAL. *(Cada vez más contrariado.)* Te debe constar que si fueras otro no suplicaría.

ARISTA. *(Vivamente.)* ¿Qué hubieras hecho?

VIDAL. Lo primero no venir. Me sobran intermediarios.

ARISTA. ¿Lo segundo?

VIDAL. Plantearte la cuestión en términos expeditivos.

ARISTA. ¿Cómo?

VIDAL. No me hagas hablar...

ARISTA. Habla.

VIDAL. Bástete saber que hoy mismo se solucionaba este asunto, por las buenas o por las malas.

ARISTA. A ver, a ver...

VIDAL. Te hubieran dicho: ¿Qué quiere usted: que su periódico tenga lectores, que circule, que, en una palabra, sea periódico? Pues lo será.

ARISTA. ¡Lindo!

VIDAL. Aquí está nuestra influencia política, aquí están nuestros amigos, nuestro partido, que necesita un órgano fuerte de publicidad... Aquí, finalmente, está la Compañía Minera del Pedroso dispuesta a emplear 200.000 pesetas en acciones... Aquí está un acta de diputado...

ARISTA. ¡Basta!

VIDAL. ¿No aceptas?

ARISTA. Antes de contestarte, porque... ¡qué pavada! ¿Esa proposición la formulas tú categóricamente?

VIDAL. *(Resuelto.)* Si lo quieres, sea.

ARISTA. Sin embargo, antes de contestarte quisiera que

me dijeses cómo resolverías la cuestión por las malas, ¿no?

VIDAL. Es un pensamiento absurdo.

ARISTA. ¿Por qué?

VIDAL. Porque no me cabe en la cabeza—y perdona la sinceridad—que se desdeñen tamañas proposiciones por personas que carecen de méritos reconocidos.

ARISTA. ¿Y si a pesar de todo, esa persona sin mérito no aceptara?

VIDAL. Así como te he dicho que como amigos se puede esperar de nosotros hasta el sacrificio, tengo que decirte que para los enemigos no hay cuartel... Vivimos en un país—y no tomes por cínica esta afirmación—en que reina tal desbarajuste en las costumbres políticas y sociales, que sólo aparece una fuerza organizada: la injusticia. Yo, que fuí víctima de ella, estoy dispuesto a usarla en contra de mis adversarios. La vida me obliga... ¿Qué contestas?

ARISTA. Que veo con frío en el corazón que estamos en el mismo punto en que nos separamos hace treinta años: tú estás con los españoles de Gibraltar; yo estoy con los españoles de Covadonga.

VIDAL. *(Con altivez.)* ¡Cuidado!

ARISTA. ¡Déxame falar!

VIDAL. ¿Qué quieres decir?...

ARISTA. ¡Che!... ¿Qué querés que diga? Que yo divido a los españoles en esas dos categorías no más. Españoles de Covadonga y españoles de Gibraltar. Los españoles de Gibraltar son los pesimistas, los que reniegan de todo lo español y alaban todo lo de fuera, los politiqueros, los caciquillos, los que ante una amargura nacional no tienen rubor en pedir que nos conquisten, los que, como vos, anteponen el bien particular al bien de la Patria... Esos son los españoles, que partiendo del Peñón, quisieran que toda España fuera Gibraltar... Pero en-

frente de ellos ¡mi alma! están los españoles de Covadonga. Los hijos de aquellos que saliendo de la gruta sagrada supieron reconquistar el solar de la raza y extenderlo hasta las playas del Pacífico... Los optimistas, los esperanzados, los que tienen hambre y sed de justicia, los que partiendo de la cueva santa quisieran que toda España fuera Covadonga.

VIDAL. ¡Esos son latiguillos de patriotero!

ARISTA. ¿Me insulta?

VIDAL. Me río, que es peor. *(A los gritos de Arista y Vidal, acuden por la izquierda don Ramón y doña Clarita, y por el foro Medina, Arévalo, Rodríguez y Larita.)*

ESCENA XI

Vidal, Arista, Don Ramón, Doña Clarita, Medina, Arévalo, Larita y *Rodríguez.*

RAMON. ¿Qué gritos son ésos?

CLARI. *(Acudiendo a su marido.)* ¡Diego!

MEDI. ¿Qué pasa?

ARISTA. ¡Pasa que ese hombre, bajo capa de una amistad muerta y enterrada, viene cínicamente a proponerme un "chantage"!

VIDAL. *(Adelantándose, altivo.)* ¡Miente usted!

CLARI. *(Sujetando a su marido.)* ¡Diego mío!

MEDI. *(Aparte, a Vidal.)* ¡Váyase usted, don Alfonso!

VIDAL. ¡Le repito que miente!

ARISTA. ¿Yo mentir? ¡Hombre soy, mi alma, para botarle a vos por la ventana!

VIDAL. ¡Veremos!

RAMON. *(A Vidal.)* ¡Váyase usted!

ARISTA. *(Frenético, sujeto por su mujer y por Castilla.)* ¡Suéltenme no más! *(Consternación en todos. Doña Clarita grita y solloza.)*

VIDAL. No he de ser yo el que pierda la sangre fría ante las bravatas de un palurdo emancipado

que ha querido lucirse a mi costa. El respeto que siento por la congoja de esta dama, víctima quizás del torpe romanticismo del marido, contiene mi justa cólera y traba mi lengua; pero no impedirá el castigo del apóstol. Ya tendrá usted, señor mío, mis noticias. Buenas tardes, señores. *(Vase altivo y gallardo, no sin que Medina le haya quitado antes una mota de la solapa. Doña Clarita tiene fuertemente abrazado y sujeto a su marido.)*

RAMON. *(Sentándose, vencido por la emoción.)* ¡Si tuviera menos años!

ESCENA XII

Arista, Don Ramón y *Doña Clarita.*

CLARI. ¡Diego de mi alma! ¡Huyamos de esta tierra! ¡Volvamos a la Argentina, mi hijo!...

ARISTA. ¡No!

CLARI. *(Con acentos desgarradores.)* ¡No consiento!, ¿lo oyes? ¡No quiero que te quiten la vida!

ARISTA. ¡Viviré!

CLARI. ¡Tu vida es mía, tu vida es de tus hijos!

ESCENA ULTIMA

Dichos y *Salazar,* que viene por el foro.

SALA. ¿Qué ha hecho usted, don Diego? ¿Qué locura es ésta?

ARISTA. ¡Amigo mío!...

SALA. Acabo de hablar con ese hombre... Está usted perdido. ¿Sabe usted la lucha que le espera? ¡Prepárese usted, pobre Quijote!

ARISTA. No importa, si tengo amigos como vos y como aquel viejito.

CLARI. ¡Vuelve en ti, mi Diego!

SALA. Escuche a su mujer.

ARISTA. ¡No!
SALA. ¡Salve su hacienda y su salud!
ARISTA. ¡Por encima de todo, España!
CLARI. ¡Tus hijos!
ARISTA. ¡España por encima de todo!
CLARI. ¡Tu vida!
ARISTA. ¡Antes que mi vida, España!
RAMON. ¡Con honra!

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Una habitación en casa de don Diego. Es de noche.

ESCENA I

Don Diego Arista, Don Ramón Castilla y Salazar.

SALA. *(Dejando sombrero y gabán.)* Vengo indignado de la calle, amigo don Diego.

RAMON. ¿Eh? ¿Qué tal? Otro que se indigna. Le digo a usted, don Diego, que sus amigos de verdad no estamos conformes con su actitud.

SALA. ¿Pero qué ha pasado? ¿Qué ha hecho usted?

ARISTA. Les ruego, mis hijos, que hablen bajo no más. Estoy teniendo un cuidado exquisito para que no se entere mi mujer de lo que está pasando.

SALA Vengo del Casino, no puede usted imaginarse lo que se está comentando lo conducta de usted. Yo no he querido oír nada y vengo aquí a sacarle de sus casillas.

ARISTA. ¡Che! ¿De qué se extraña tanta gente ni de

qué casillas venís a sacarme? He tenido la honra no más de decir a los padrinos de don Alfonso Vidal que yo no cruzaba mi hierro con un hombre moralmente inferior a mí. ¿Qué macanas de honor invoca esa gente para obligarme a mí, hombre honrado y serio, a ponerme delante de un farandulero de la política y de la esgrima, en mangas de camisa los dos y con un pincho en la mano cada uno? ¡Cosa bárbara! ¿Está la razón en la punta de un acero? ¿Está la dignidad humana a merced de un tilingo que sepa manejar un sable?

SALA. Pero la calidad del ofendido, las costumbres, buenas o malas, que tácitamente hemos aceptado para vivir en el mundo, le obligan a usted a dar una reparación. Observe usted que ha despedido casi con acritud a los padrinos de su contrario.

ARISTA. No, mi hijo; les invité con fina cortesía a que se mandaran mudar...

SALA. ¡Y claro!, se fueron bufando de esta casa y dispuestos a ponerle a usted en la picota.

RAMON. ¿Necesito decirle a usted, don Diego, que no estoy conforme con su opinión? No lo digo por el duelo, que me parece una antigualla necesaria, ni por su adversario, que es un majadero hidrópico de vanidad. Lo digo por la significación de usted ante el público, por su valiente campaña de Prensa. Lo digo porque temo que si no se bate, la opinión le vuelva la espalda.

SALA. Exacto.

RAMON. Vaya usted al terreno, hombre. Vaya seguro de que le ponen delante a ese pavo con cesantía de ministro, y le da usted en la cresta.

ARISTA. He dicho que no, viejito.

RAMON. Es usted terco como yo, don Diego; pero cuando llega el momento de romperse uno el alma con el prójimo, no hay más remedio que pegarse con quien sea. Cierto que el duelo es todo lo que usted dice, pero yo en mis mocedа-

des me valí de él para quitarme a estocadas los enemigos de delante. Le repito a usted que hay que vivir en el mundo.

ARISTA. Eso dice usted, don Ramón, y ha vivido siempre fuera del mundo que le han impuesto sus contemporáneos.

RAMON. No le digo a usted que no, don Diego. Yo he podido combatir muchos prejuicios; pero este del duelo no lo combato, porque es fuerte como un demonio. ¿Y sabe usted por qué? Porque pone en tela de juicio lo que ningún hijo de esta tierra puede consentir que se toque siquiera: el valor personal.

ARISTA. Yo no me batiré nunca por estímulos de ningún prejuicio. Yo no creo, viejito, en esa pavada del honor caballeresco importado en España por los salvajes conquistadores del Africa. Agradezco el consejo por venir de vos, pero la palabra honor, si no significa deber, deber humano, es para mí una palabra vacía de sentido.

SALA. No olvide usted, don Diego, que vivimos en un país en que la tradición tiene una fuerza enorme...

ARISTA. Cierto; pero hay parásitos de esa tradición que viven a costa de ella como pueden los reptiles anidar en las almenas de un noble castillo histórico. Y con ésos, con los que hacen mercancía del honor y son profesionales del duelo, con ésos... no me bato.

SALA. Tiene usted razón; pero cuando nuestra vida de periodistas o escritores está entregada cotidianamente a la crítica colectiva, tenemos que conducirnos con arreglo a las leyes del honor que nos imponen. Yo le concedo a usted que es un disparate; pero concédame usted que en la práctica este disparate es una realidad. Si usted no se bate, el desprecio social cae sobre usted, y lo peor de todo es que le inhabilita para proseguir la misión elevada que se ha impuesto...

ARISTA. ¿Qué decís, Salazar?

SALA. Don Diego, basta de disimulo. Yo soy incapaz de llevarle a usted enfrente de otro hombre para que pierda usted la vida; pero tampoco puedo consentir que caigan sobre usted sus enemigos y que le hagan emigrar definitivamente. Le quiero y le respeto lo necesario para impedirlo. Sepa usted que a estas horas no hay corrillo en Madrid donde no se haga un chiste a costa del miedo que le suponen.

ARISTA. *(Con rabia.)* ¡Oh!...

RAMON. Eso, eso.

SALA. Sepa usted que en el Nuevo Casino, donde acaba usted de entrar como socio, se trata de este asunto, que se califica a voces de escandaloso y ridículo...

ARISTA. ¿De veras?

SALA. Sepa usted que entre los socios se acaba de formar una especie de tribunal de honor para pedir la expulsión de usted del Círculo si no se bate usted con Vidal. Tenga usted presente que esto sería una descalificación pública que no podía usted sobrellevar. Se puede luchar con todo, pero nunca con la muerte civil. Como amigo cumplo. Ahora, enfádese usted conmigo.

RAMON. Y conmigo.

ARISTA. ¡Qué rabia! ¡Qué manera de acorralar a un hombre honrado para ahogar en el oprobio una campaña generosa! ¡Qué rabia!

SALA. Aún es tiempo. Autoríceme usted para representarle en unión de otro amigo que yo le buscaré. Esta misma noche queda concertado el lance si usted quiere y verá la pesadumbre que le quitamos de encima. En cuanto al duelo en sí, no tema usted nada, que no llegará la sangre al río.

ARISTA. ¿Y usted cree, mi hijo, que yo me defiendo de representar esa farsa grotesca no más que por miedo? Yo soy pacífico, pero no cobarde; y puesto en el trance de defenderme y ofender,

créame no más, buscaría la vida de mi enemigo con sincero desprecio de la mía.

SALA. No lo puse en duda.

RAMON. Decídase usted, don Diego. El tiempo vuela.

MEDI. *(Dentro.)* ¿Se puede pasar?

ARISTA. Adelante.

RAMON. *(Aparte, a Salazar.)* ¡Esta gente!... *(Entran en escena Arévalo, Medina, Rodríguez y otros redactores, que quedan formando grupo en el fondo.)*

ESCENA II

Dichos, Medina, Arévalo, Rodríguez, Larita y redactores.

ARISTA. ¿Qué querés, que venís con las caras serias?

MEDI. *(Aparte, a Arévalo.)* Habla tú.

AREV. No, tú.

MEDI. Don Diego: venimos en nombre de los redactores de su periódico...

ARISTA. ¿En comisión?

MEDI. Ya lo ve usted.

ARISTA. ¿Y qué quejas tenés de mí?

MEDI. *(Un poco remiso.)* Ninguna; pero las circunstancias...

ARISTA. Decí.

MEDI. No extrañe usted que nos cueste violencia abordar el asunto, por la delicadeza que entraña; pero como usted rehusa dar una satisfacción corriente entre caballeros a don Alfonso Vidal, y como este acto de usted puede acarrear una sanción pública no muy halagüeña para los que solidariamente con usted escribimos el periódico...

ARISTA. ¿Para vos, querés decir?

MEDI. Para nosotros, ciertamente.

AREV. Hemos decidido plantear a usted una cuestión previa.

ARISTA. Digan.

SALA. *(Un poco alarmado, a Arévalo y Medina.)* ¿Qué vais a decir?
ARISTA. *(A Salazar.)* Hágame la merced de dejar a estos jóvenes que digan no más lo que desean.
MEDI. Quisiéramos interrogar a usted, salvando todo género de consideraciones, acerca de la línea de conducta que se haya trazado para salir airoso de este desgraciado asunto.
AREV. Nada más.
MEDI. Que usted nos diga lo que piensa...
AREV. Para atemperar nuestra conducta a la suya. *(Ligera pausa.)*
ARISTA. En suma, vos querés saber si yo me bato, ¿no?
MEDI. Sí, señor.
ARISTA. ¿Y si no me bato?
MEDI. Pedirle, ¿qué pedirle?, suplicarle por la dignidad de su periódico, por todo cuanto hemos puesto en él de nuestra alma, que nos autorice usted para ocupar su puesto.
AREV. Y retar públicamente a don Alfonso Vidal.
SALA. ¡Caramba! No había caído en la combina. Eso de batirse con un ex ministro da un cartel inesperado.
AREV. *(Con reproche.)* ¡Salazar!
MEDI. Si usted quiere podemos sortearnos para que la suerte decida quién ha de provocar a don Alfonso. Lo mismo Arévalo que yo nos hemos batido distintas veces: unas en un escenario, otras en un frontón.
AREV. Y nunca sacamos ni un rasguño.
MEDI. Pero tenemos por ahí una fama de mosqueteros...
ARISTA. Impagable, che.
MEDI. ¿Qué decide usted, don Diego?
ARISTA. *(Queriendo contener la ira y la amargura que empiezan a invadirle.)* ¿Y si además de no batirme no autorizo esa suplantación absurda con que venís a brindarme?
MEDI. Por cariño a usted la formulamos.
ARISTA. Gracias.
AREV. Por deber.

ARISTA. *(Iracundo ya.)* ¡Basta!
MEDI. *(En voz baja.)* Entonces...
ARISTA. ¿Entonces, qué?
MEDI. Suponemos, ¡qué digo suponemos!, estamos seguros que la campaña violenta de "La Reconquista" en contra de la Compañía Minera del Pedroso habrá pasado a la Historia. *(Arista escucha perplejo y atónito todo lo que sigue.)*
SALA. ¿Eh? ¿Qué tal?
RAMON. *(Indignado.)* ¿Habrá descaro?
MEDI. *(A Arista.)* Naturalmente. ¿Cómo se concibe que encima de no dar usted satisfacción caballeresca a don Alfonso Vidal, continúe usted una campaña difamatoria contra él?
AREV. El código del honor se opone terminantemente.
MEDI. Somos caballeros.
AREV. Con hondo sentimiento, pero a la vez con energía, decimos a usted, don Diego, que por ese camino no le podemos seguir. No somos libelistas.
MEDI. Y respondemos de nuestros actos con arreglo a las leyes del honor.
AREV. De persistir usted en su impremeditada actitud, aquí está la dimisión de todos.
REDAC. Sí, sí...
RAMON. *(Cada vez más indignado.)* ¡No puedo oírlo, no puedo oírlo! *(Los redactores se vuelven contra don Ramón. Arista contiene a todos con un gesto. Ligera pausa.)*
MEDI. Esperamos su respuesta...
ARISTA. ¡Che, impagable no más! Ya me ha salido al paso el fantasma del honor... ¡Pobre España de mi alma, que estás hambrienta de pan y de ideal, pero que tienes mucho honor que echar en el puchero! ¡Pobre tierra mía, que después de un calvario de tres siglos verificas un balance trágico y te encuentras sin el mundo que descubriste, sin fe ni esperanza..., reducida a tu viejo solar, con un saldo en contra

de tierras estériles, muchas plazas de toros, sin escuelas, sin pan; pero con un saldo a tu favor de honor caballeresco que no hay más que pedir! "Todo se ha perdido menos el honor". Parece que la vieja frase del rey Francisco flota en el ambiente nacional como una maldición... Si un hombre o un grupo de hombres son responsables de un desastre en nuestra patria, es inútil que vayamos a exigirle responsabilidad. ¿Qué macana es ésa? Se establece no más un tacto de codos y burlan nuestra crítica, diciendo: ¿cómo os atrevés vos a exigirnos responsabilidad? ¿A nosotros? ¡Nosotros somos hombres de honor! Y ya están salvados. Como Diógenes con la linterna, buscá ciudadanos a la luz del día y verés cuán poco civismo os encontrás; pero buscá hombres de honor y una punta de ellos verés tras cada esquina. ¿Qué más? Un hombre cualquiera puede ser holgazán, corrompido, cínico, inútil para la sociedad; pero hombre de honor, ¡qué esperanza! Será hombre de honor a machamartillo mientras no se demuestre lo contrario. En cambio, el mendigo, el cochero de punto o el mozo de cordel no pueden ostentar el honor, aunque tengan la conciencia pura... ¡Lindo no más, mis hijos; pero para mí el honor está en los músculos que cultivan la tierra y en la mente que investiga y nos guía!

MEDI. No queremos, don Diego, entrar con usted en una polémica acerca del concepto del honor. Lo que nos urge es conocer su resolución en lo que concretamente le hemos preguntado.

ARISTA. *(Con honda amargura.)* ¿Qué querés que resuelva, si entre todos, amigos y enemigos, me empujás a una farsa que subleva mi conciencia?

MEDI. Según eso, ¿se bate usted?

ARISTA. ¿Cómo no? Me bato... Resuelvo jugarme la vida no más, sin convencimiento, eso sí; pero

con rabia salvaje, con la rabia de la fiera acorralada que todo ser humano lleva dentro de sí.

MEDI. En ese caso...

ARISTA. Pueden retirarse no más y estar tranquilos, que vuestro honor no ha de empañarse por mi culpa.

MEDI. Permítanos usted que le felicitemos.

ARISTA. Gracias.

AREV. Y que nos pongamos a sus órdenes para todo.

ARISTA. Buenas noches, mis hijos.

MEDI. *(Mientras hace mutis por el foro con sus amigos.)* Así es como se defienden los ideales: con la espada en la mano.

SALA. *(Aparte.)* O con el sable.

ARISTA. Yo creí que con la verdad.

RAMON. Con los cheques, infeliz. *(Se retiran por el foro Medina, Arévalo y su grupo.)*

ESCENA III

Arista, Salazar y Don Ramón.

ARISTA. *(Muy excitado.)* Amigo Salazar, corra usted al Nuevo Casino, busque a los testigos de mi adversario y concierte con ellos un encuentro en condiciones duras.

SALA. ¡Don Diego!

ARISTA. No estoy dispuesto a ningún simulacro. ¿Lo entendés? *(Salazar lo oye conmovido.)* Mi hijo, quieren anular mi obra, quieren echarme de mi patria con una confabulación de todos contra uno; pero no lo conseguirán. Acepto la macana del campo del honor no más que con la idea de salvar mi campaña patriótica. Voy al sacrificio, pero voy en serio... ¡La vida de mi adversario o la mía! Ahora siento un odio mortal contra mi enemigo, en quien veo retratadas todas las lacerías de mi pobre país.

SALA. *(Estrechando la mano.)* Tenga confianza en mi gestión, don Diego.

ARISTA. Vos tenés todos mis poderes.
SALA. Aprovecho el tiempo. Me voy.
ARISTA. Avise por teléfono la hora y el sitio. Yo espero.
SALA. Con discreción le informaré de todo.
ARISTA. Duro, mi hijo, duro.
SALA. Todo lo compatible con la ofensa y la reparación.
ARISTA. *(Con rencor.)* Que no se rían de mí los atorrantes, los degenerados, los yernos...
SALA. Adiós, don Diego.
ARISTA. *(Por don Ramón, que permanece sentado, abstraído, al parecer.)* Llévese al viejito. Quiero estar solo...
SALA. *(Sacándole de su ensimismamiento.)* Venga usted, don Ramón.
RAMON. *(Levantándose.)* Malhaya los años. *(Estrechando la mano que don Diego le tiende.)* No sé si felicitarle o si arrepentirme por mis consejos... A última hora me han convencido más sus palabras que sus actos. Pero ¡qué caramba!, bueno es que sepan esos bayardos que es usted un caballero.
ARISTA. *(Con firmeza.)* Soy un hombre.
RAMON. Y ¿por qué no un caballero?
ARISTA. Porque, según la Academia, caballero es no más un hombre que cabalga. Quiero ser un hombre... a secas, don Ramón. Es para mí la síntesis suprema.
RAMON. Deme usted un abrazo.
ARISTA. Adiós, viejito.
RAMON. *(Aparte, a Salazar.)* No me iré, no. *(Salazar y don Ramón hacen mutis por el foro. Arista se pone ante la mesa y empieza a escribir. Se detiene y lee lo que escribe. Sigue escribiendo, y de pronto, como si creyera que alguien entra en la estancia, tiene un movimiento de súbita alarma y esconde el papel en la carpeta. En este momento se oye el* Claro de Luna, *de Beethoven, ejecutado al piano. Levántase Aris-*

ta, escucha con arrobamiento y dice, profundamente conmovido.)

ARISTA. ¡Mi hija!... ¡Mi nena! *(Hay una pausa en que las claras notas se oyen armoniosas en el silencio de la noche. Un sollozo sube del corazón a la garganta de Arista y le hace inclinar el rostro sobre el pecho, presa de honda emoción. Doña Clarita sale silenciosamente y espía a su marido.)*

ESCENA IV

Arista y Doña Clarita.

CLARI. ¿Qué tienes?
ARISTA. Nada, mujer.
CLARI. ¿Estás llorando?
ARISTA. ¡Qué esperanza!
CLARI. ¿Pasa algo nuevo?
ARISTA. No.
CLARI. No me engañes.
ARISTA. Mi nena... ¿Por qué no te retiras a dormir?
CLARI. No tengo sueño.
ARISTA. *(Oyendo el piano.)* Nuestra hija... ¿Por qué no duerme?
CLARI. Porque me ve desvelada... y triste. Si toca el piano es para que la escuches y recuerdes que tienes una hija en el mundo.
ARISTA. ¡Qué artista es!
CLARI. Mi hijo, ¡qué abandonadas nos tienes!
ARISTA. No digas, mujer...
CLARI. Tus malditas campañas me roban tu cariño. No tengo marido. Estoy desesperada, Diego. ¿Lo oyes?
ARISTA. *(Absorto.)* Sí.
CLARI. ¿Qué tienes?
ARISTA. Estaba distraído.
CLARI. Preocupado... Nunca te he visto así.
ARISTA. Anda, vete a descansar.
CLARI. A ti te pasa algo... ¿Qué es?
ARISTA. No me pasa nada.

CLARI. Tengo derecho a saberlo.
ARISTA. Déjame.
CLARI. Tienes en los ojos un reflejo de ira que nunca te vi. *(Con súbito terror.)* ¡Diego mío, vámonos de España!
ARISTA. ¡Calla!
CLARI. Vámonos de aquí. Tengo miedo.
ARISTA. ¡Calla!
CLARI. No me mandes callar. Cuenta conmigo para resolver los problemas de nuestra vida. Soy tu mujer.
ARISTA. No me comprendes.
CLARI. Pero ¿no ves que no vivo, que no duermo? ¡Egoista, no te fijas en lo que sufro! ¡Pues no será, no! Tienes que oírme. Soy la madre de tus hijos...
ARISTA. Mujer...
CLARI. Desde que nos casamos te he seguido sumisa y obediente. Tus menores caprichos fueron leyes para mí. Quisiste establecerte en España; me arrancaste de mi tierra, y sin protesta alguna renuncié a mi patria por verte dichoso. Todos los cambios que has dispuesto en nuestra vida fueron aprobados por mí. Pero ahora no. Estoy cansada, Diego, y no te sigo más en el calvario de tus quijotadas sin decirte que hasta aquí he llegado y no doy un paso de aquí. No puedo ver con paciencia que comprometas un momento más tu vida, que es mía y de tus hijos, y tu fortuna, conquistada en tantos años de duro trabajo. Basta de locuras, Diego. Vuelve a la razón, por tus hijos y por mí.
ARISTA. Mi nena, no podía enviarme el cielo desgracia mayor que esta de verte contra mis designios. ¿Es posible, mi hija, que no veas la grandeza de mi ideal? Quiero remover la conciencia dormida de mi pueblo infeliz... Quiero hacer un fuerte llamado a las energías inmortales de mi raza para salvar la España de mañana, ya que la de hoy no tiene redención. ¿Y

eres tú, mi compañera, mi amada criolla la que me quita el valor? ¿Qué importa la vida y la fortuna ante lo sublime del ideal? Vivir, vivimos un instante; pero la raza, la estirpe, no muere nunca, y ante ella tenemos que sacrificar lo que tu egoísmo sencillo no comprende...

CLARI. *(Atónita.)* ¿Qué dices, Diego? Me espantas. ¿Qué locura es ésa?

ARISTA. No es locura.

CLARI. Pero ¿no sabes, desgraciado soñador, que eso que me dices con toda tu alma, y que tan distanciado está de tu persona y tus medios, es precisamente lo que constituye la mofa de la gente que te rodea?

ARISTA. Ya sabrán quién soy.

CLARI. No vives en la realidad.

ARISTA. Tengo fe.

CLARI. *(Desesperada.)* ¡No!... ¡No!... ¡No!

ARISTA. *(Asustado.)* ¡Clarita!

CLARI. Yo no puedo consentir por más tiempo esta desgracia dentro de mi hogar. Huyamos de España, Diego. Aquí se burlan de tus afanes. Pero ¿no has visto cómo tu periódico, que es tu misma vida, ha caído en el descrédito y el ridículo? Tú no te puedes imaginar mi sufrimiento cada vez que por la calle oía un comentario burlesco a costa tuya. Cada vez que pasaba y oía el pregón desdeñoso del vendedor de periódicos: "*¡La Reconquista!* ¡Se vende por un pitillo!", mis entrañas de madre y de mujer parecían romperse de dolor. En aquel grito estaba vinculada toda mi desgracia... Por un pitillo se vende tu ideal. Los desvelos, el sufrimiento, la fe del hombre que quiero más que a mi vida, no valen más que un pitillo. Por un pitillo la dicha de mi hogar. *(Llora.)*

ARISTA. No conseguirás que desfallezca mi firmeza. Ya te dije que por encima de todo pongo mi amor a mi patria. Tú no lo comprendes.

CLARI. *(Levantándose altiva.)* Eso es un insulto a mi amor.

ARISTA. ¡Clarita!

CLARI. ¿Pues qué? ¿Yo no tengo otra patria? Argentina me conociste y argentina soy de cuerpo y de alma... ¡Ingrato! ¿Y no me arrancaste de la tierra que fué mi cuna? ¿Y no renuncié a lo más querido por seguirte? Dices bien, mi hijo. Yo no comprendo el amor que tienes a tu patria; pero tampoco tú has comprendido todavía el amor que te tiene tu mujer, que por seguirte y ser tuya te sacrificó hasta eso: hasta la tierra que es el último regazo del cuerpo de su madre.

ARISTA. Y ¿qué somos América y España, sino un mismo cuerpo y una misma alma separadas por la Geografía? Acuérdate, mi vida, cuando en las alturas de los Andes nos abrazamos al pie de la cruz gigantesca del Redentor y pedimos al Cielo hijos que amaran las dos patrias de sus padres, reunidas bajo la cruz. Acuérdate cuando navegábamos con rumbo a nuestras costas, y tú me decías: "Nos separamos de América", y yo te contestaba: "No; que debajo de nosotros hay un camino de huesos españoles, que une para siempre América y España... Y navegamos por aguas que tienen todavía gotas del llanto de nuestras madres."

CLARI. ¡Qué imaginación que vuela a regiones hermosas, donde tu alma de niño quiere recrearse no más que con quimeras! Es cierto, Diego, que yo amo también a tu patria; pero te amo a ti y a tus hijos, que es donde empiezan y acaban todos los amores para tu mujer.

ARISTA. ¡Clarita mía!

CLARI. No quiero que seas victimado por la hedionda política que combates.

ARISTA. ¡Quién habla de víctimas ni de victimarios! Vamos, hijita, retírate no más a dormir.

CLARI. ¿Y por qué no duermes tú?

ARISTA. Tengo que trabajar.

CLARI. *(Con nuevas inquietudes.)* Algo te pasa, Diego...

ARISTA. Quita, mujer.

CLARI. El rol del disimulo no es tu fuerte... ¿Qué tienes?

ARISTA. Te digo que nada, zonza.

CLARI. *(Lentamente, y con firmeza y claridad.)* Supongo que puedo estar tranquila, ¿no? Me has prometido no cometer el crimen de acudir a eso que los hombres llaman duelo, tan condenado por Dios como por la razón humana... ¿Verdad? De eso debo estar tranquila, ¿no? Puedo confiar en la firmeza moral del hombre que elegí, ¿cierto?

ARISTA. *(Un poco turbado.)* Ya sabes lo que dije a los padrinos de ese hombre...

CLARI. Sí.

ARISTA. Duerme tranquila. Dame un beso.

CLARI. *(Al besarla.)* ¿Me engañas? *(Mirándole a los ojos.)* Sí, me engañas.

ARISTA. Te juro...

CLARI. No jures... *(Se separa de Arista y le habla desde el dintel de la puerta de la izquierda.)* Escucha... *(Se oye el piano.)* Es tu hija otra vez. Llega a ti por el arte divino de la música, que es todo alma... Fuera de esta tierra que nos sustenta, fuera de esta carne mortal, no hay más que alma, y el alma no tiene más patria que la de Dios. Piensa en las almas de tu mujer y de tu hija. Piensa que no puedes disponer de tu vida por nada ni por nadie..., porque no te pertenece a ti... ¡es nuestra! ¡Es la vida de nuestras almas! ¡Piénsalo! *(Vase.)*

ESCENA V

Arista solo. Luego, *Doña Clarita.*

(Arista espía la salida de su mujer. Llégase al conmutador de la luz y apaga. Abre la ventana, y un resplandor de luna da sobre la mesa.)

ARISTA. ¡Qué angustia, Dios mío! Creí que iba a llorar... ¿Cómo hacer? ¿Cómo hacer para que no descubra nada? *(Suena el timbre del teléfono. Arista se precipita sobre él y ahoga el sonido con la mano, mientras habla.)* Oiga... ¿Nuevo Casino?... Sí, con Arista... Bueno... ¿Todo convenido?... Sí... Oiga... Espere... Voy a la Redacción... Es lo mejor... En seguida... *(Deja el timbre y vase precipitadamente. Apenas ha salido Arista, aparece rápidamente doña Clarita, que acude veloz al teléfono, cuyo timbre aún suena con intermitencias.)*

CLARI. *(Con grandísima angustia y trastorno en la voz y en los ademanes.)* ¡Oiga!... ¡Nuevo Casino!... ¡Salazar!... ¿Dónde?... ¿Dónde?... ¿A qué hora?... ¡Diga, por Dios! *(Cortan la comunicación. Doña Clarita golpea el teléfono, llena de rabia.)* ¡Central! ¡Central! ¡Con el Nuevo Casino! ¡Pronto, pronto! ¡Con el Nuevo Casino!

ESCENA VI

Doña Clarita y *Don Ramón Castilla*, que viene por el foro.

CLARI. *(Con alegría y esperanza.)* ¡Viejito!

RAMON. Cuente usted conmigo, señora. *(Mutación.)*

CUADRO SEGUNDO

La escena representa un solar en las afueras de Madrid: se construye a uno de los lados un hotel. La planta que se supone futura huerta o jardín se halla cercada por una tapia o valla. Al foro, vista de Madrid. Son las diez de la mañana.

ESCENA VII (1).

Un *Grupo de Obreros* trabaja en el fondo. Otro echa un cigarrillo y charla en primer término. Entre ellos están: *Petaca,* el *señor Sebastián,* el *señor Pedro* y *Agustín.*

AGUS. En lo que todos estamos de común acuerdo es en que no se vive.

PETA. ¡Se vive!

AGUS. Que te calles, Petaca; y cuando se habla en serio entre hombres, dos puntos a la boca.

SEBAS. España tié que dar un cambiazo. Estamos en una época de renovación.

PETA. Pues a ver quién me renueva a mí las papeletas del Monte.

AGUS. ¿Otra vez, Petaca?

PETA. Dame lumbre, tú. *(Fuman.)*

AGUS. Por toos laos te encontrarás con la misma queja, que hasta los que gastan tirilla están convulsionaos. Ya no se trata de cuestiones políticas. Se trata del decoro personal de las personas. El señor Sebastián, que es obrero de la derecha, aunque parezca mentira, y el señor Pedro, que lo es de la izquierda, y yo, que soy de en mitá del arroyo, tos clamamos por que haiga decencia y patriotismo en la reunión.

---

(1) Esta escena, con los personajes *Petaca,* el *señor Pedro,* el *señor Sebastian* y *Agustin,* puede ser suprimida en las compañías de poco personal, empezando el cuadro en el momento en que entra el *Maestro* y toca la campana.

PETA. ¡Eso! Y que no esté el coci en la copa de los árboles.

PEDRO. ¿Habéis leído, por casualidad, la campaña de don Diego Arista en contra de la Compañía Minera del Pedroso? Eso es dar en la cabeza y hablar alto y claro pa que se le oiga.

SEBAS. Ya veréis cómo acaba esa campaña en un pastel.

PETA. Me da en la chola que magras.

PEDRO. La hora de la verdad se acerca a pasos agigantaos.

PETA. *(Mirando a la izquierda.)* Quien se acerca a pasos agigantaos es el maestro, con el amo y el arquitecto. *(Vuelven al trabajo.)*

ESCENA VIII

Dichos, el *Maestro*, el *Propietario* y el *Arquitecto.*

MAES. *(Entrando primero y tocando la campana.)* ¡Eh, muchachos! *(Los obreros dejan el trabajo y se acercan, extrañados. Entran en escena el Propietario y el Arquitecto.)*

PEDRO. ¿Qué pasa?

MAES. Dejar el trabajo y venir. *(Los obreros rodean, curiosos, a los tres recién llegados.)*

ARQUI. Unos señores han de venir a este sitio a batirse en duelo. ¿Lo entendéis?

PROPIE. ¡Qué caras ponen!

ARQUI. Se trata de una cuestión de honor. ¡Dichosos vosotros que estáis excluídos de ese código por ser pobres y humildes, y que apenas sabéis en qué consiste!

MAES. Se lo diré yo para que lo entiendan. *(A los obreros.)* El honor viene a ser la vergüenza torera de la gente que come por derecho.

ARQUI. Vosotros os apartáis a un lado y permanecéis con la mayor compostura mientras dura el lance. Mucho cuidado con decir a nadie, ni a la Policía, ni a vuestras familias, lo que vais a presenciar aquí. *(Todos asienten.)*

PEDRO. Está bien, señor arquitecto.
PROPIE. Mucho cuidado, porque puede seguírseme un perjuicio muy grave.
AGUS. Usted descuide. *(Los obreros se alejan.)*
PROPIE. *(Al Arquitecto.)* ¿Ha visto usted en qué apuro más desagradable me veo? ¡Un duelo en mi finca!
ARQUI. ¿Y no ha encontrado usted modo de decirle que no a esa gente?
PROPIE. No, señor; ha sido para mí un compromiso violentísimo. Esa gente es poderosa, se niega uno y luego toman una vengancilla. Le digo a usted...
ARQUI. Está usted quemado; ya lo veo.
PROPIE. He estado a punto de echarlo todo a rodar, porque aquí, para entre nosotros, esos farsantes...
ARQUI. ¿Le sublevan?
PROPIE. Como a usted.
ARQUI. Lo que no comprendo es cómo Arista ha caído de bruces en la cuestión personal. ¡Tan bien colocado como estaba! Ha sido un incauto. Sus enemigos le han atraído al terreno que les convenía para inutilizar su campaña.
PROPIE. Pues lo que es entre los dos, me quedo con Arista.
ARQUI. ¡Si yo estuviera en su pellejo!
PROPIE. Ya están aquí. *(Entran en escena don Alfonso Vidal, seguido de sus padrinos, el conde de Casa-Valdivia y don Paulino Méndez. Detrás de ellos, un Médico con su botiquín y un Chauffeur con las espadas enfundadas. Detiénense, saludando al Propietario y al Arquitecto.)*
AGUS. *(Asomando la cabeza por el foro en unión de Petaca.)* Oye, oye: aquél es Vidal.
PETA ¿Y Arista? ¿Quién es?
AGUS. ¡Míralo!
MAES. ¡Chist! *(Ocúltanse. Cuando ha indicado Agustín aparece don Diego Arista, torvo y ceñudo, acompañado de Salazar y otro amigo. Pasa*

por delante de su adversario sin mirarle. Los padrinos se cruzan saludos ceremoniosos.)

ESCENA IX

Dichos, Vidal, Conde de Casa-Valdivia, Paulino Méndez, Arista, Salazar, un *Padrino* de Arista, un *Médico* y un *Chauffeur.*

CONDE. *(Bajando con Vidal y Paulino Méndez al primer término de la derecha.)* Por fin sacamos al ogro de su caverna.
MEN. Parece que viene preocupado.
CONDE. *(A Vidal.)* ¿Piensa usted castigarle mucho?
VIDAL. Lo suficiente para que aprenda un poco de prudencia. A estos difamadores basta con darles una lección. Así se les apagan los fuegos y le dejan a uno en paz.
CONDE. Voy a medir el terreno.
MEN. Vengan las espadas. *(Con ayuda del Chauffeur saca a relucir unas espadas francesas de combate, que examina en unión del otro padrino de Arista. El Médico va desinfectando las hojas.)*
ARISTA. *(A Salazar, en el primer término de la izquierda.)* No puede imaginarse, hijo Salazar, la vergüenza que tengo de mí mismo. Yo no soy yo. Soy un muñeco no más, a merced de otros muñecos...
SALA. Procure usted no excitarse.
ARISTA. ¡Qué rabia y qué vergüenza siento! *(Paulino Méndez, que hace de juez de campo, se coloca en medio de la escena, disponiéndose a leer las condiciones del lance. Lleva en la mano una espada.)*
MEN. Señores... *(En este momento se oye confuso rumor de voces y como si parara en sitio próximo un carruaje o automóvil.)*
PETA. Viene gente.
PROPIE. ¿Quién será?
ARQUI. A ver, a ver.

MEN. ¿Será la Policía?
CLARI. *(Dentro.)* ¡Diego! ¡Diego mío!
ARISTA. *(Consternado.)* ¡Mi mujer!
VIDAL. ¿Su mujer?
SALA. ¡Qué contrariedad!
CLARI. *(Apareciendo.)* ¡Diego de mi alma!
RAMON. *(Que viene detrás de ella.)* ¡Alto, señores! *(Doña Clarita se lanza en los brazos de su marido. Revuelo, murmullo y confusión. Vidal muéstrase indignadísimo. Le rodean sus padrinos.)*
CONDE. Esto es un lazo.
VIDAL. Una indignidad.
MEN. Se oculta detrás de unas faldas.

ESCENA X

Dichos, Doña Clarita y Don Ramón Castilla.

CLARI. *(Fuertemente sujeta a su marido.)* ¡Gracias, Dios mío, gracias que llego a tiempo!
ARISTA. Cálmate, mi vida.
CLARI. Me has engañado, Diego.
ARISTA. *(Inclinando el rostro.)* Verdad.
CLARI. ¿En tan poco has tenido mi angustia de madre y mi santo derecho de esposa?
ARISTA. *(Cada vez más avergonzado.)* En tan poco...
SALA. *(Pretendiendo calmar la excitación de doña Clarita.)* Vamos, señora...
ARISTA. Tienes razón, mi hija. Te pido que me perdones.
CLARI. *(Mirando, temerosa, todas las caras.)* Pues vámonos pronto.
ARISTA. Espera.
CLARI. ¡No te suelto! ¡Tienes que venir conmigo!
VIDAL. ¿Qué dice esa mujer?
MEN. ¿Se lo lleva?
CLARI. *(Volviéndose a los que murmuran.)* ¡La existencia de este hombre es mía ante Dios y ante el mundo!

RAMON. Ya ven ustedes, señores, cómo el duelo no puede efectuarse. La sagacidad de esta señora lo ha evitado.

CONDE. ¡Inocente superchería!

VIDAL. *(Con sarcasmo.)* Ya conocemos el bonito truco del duelo interrumpido.

ARISTA. *(Amenazador.)* La insolencia de esos hombres hará que salte por todo.

CLARI. *(Conteniéndole.)* ¡Quieto tú, mi hijo! ¡Déjame sola con ellos! ¡Linda cosa es que los valientes se las hayan una vez con las mujeres!

SALA. *(Interviniendo.)* Calma, señores. Les suplico calma a todos.

ARQUI. *(A los obreros, que hablan en voz alta.)* ¡Silencio vosotros!

CONDE. El acto insólito de usted, señora mía, nos releva de toda consideración.

VIDAL. El sitio de nuestro encuentro sólo pudo averiguarlo usted por una confidencia de su marido.

MEN. Ni más ni menos.

VIDAL. Hemos sido víctimas de una burla incalificable.

CONDE. Invitamos solemnemente al señor Arista para que nos dé explicaciones.

MEN. Si no nos satisface con ellas requerimos a sus padrinos para descalificar a ese hombre sobre el mismo campo del honor.

SALA. Señores...

ARQUI. *(A los obreros.)* ¡Silencio!

ARISTA. Yo...

CLARI. *(Interviniendo, con energía.)* ¡Quietos todos! ¡Silencio todos! Yo soy la culpable de la acusación de esos hombres. A mí me toca no más justificar a mi marido.

ARISTA. Y a mí me toca defenderte.

CLARI. Y yo te pido que me los dejes. *(A los padrinos de Vidal.)* Vamos despacio y claro: ¿quiénes sois vosotros, y qué representáis?

CONDE. Somos caballeros, y representamos el honor.

CLARI. ¡Yo soy el deber y represento el hogar, que es donde empieza la Patria! ¡Honor decís! ¿Qué

sabéis del honor que tenéis en los labios, si sois insolventes de ese mismo honor?

CONDE. *(Altivo.)* ¡Señora!

CLARI. Le conozco a vos, señor conde de Casa-Valdivia: estoy enterada de los timbres de ese honor.

CONDE. *(Orgulloso y sarcástico.)* ¿Se ha informado usted?

CLARI. ¿Cómo no? Una señora de su casa toma informes de una criada. ¿Cómo no ha de tomarlos de un gentilhombre como vos que insulta la dignidad de una mujer? El honor de vos está ubicado en una quiebra fraudulenta ocurrida en la ciudad de Méjico, de donde se fugó el señor caballero, por estar arraigado allá, según las leyes del país.

CONDE. *(Furioso.)* ¡Eso es una infamia!

CLARI. El honor del otro testigo, señor Paulino Méndez, caballero de la tabla redonda y de la mesa redonda, definidor de la honra ajena y padrino obligado de todos los duelos, está vinculado no más en no hacer nada de nada y en vivir de las rentas de su mujer. ¡Lindo honor el vuestro!

VIDAL. ¡Qué oprobio!

MEN. ¡Qué escándalo!

CONDE. ¡Qué vergüenza!

MEN. *(Mirando, retador, a todos lados.)* ¿Hay un hombre, hay un caballero que sostenga con las armas lo que dice esta mujer?

ARISTA. ¡Con las armas, no: con los puños, sí; que es lo que mereces. Arrojo lejos de mí la máscara del hombre civilizado y esta ignominia de convencionalismo social. Quiero volver y vuelvo al estado de Naturaleza; soy hombre primitivo no más, y a puñadas y mordiscos me las entenderé con todos o con uno a uno!

VIDAL. ¡Vamos; el rufián arroja la espada y empuña la navaja!

CLARI. Pincho por pincho, los dos son igualmente infames cuando los mancha la sangre!

VIDAL. ¡Qué inocencia haberle creído un caballero!
ARISTA. ¡Qué esperanza haberlo imaginado! ¡Yo soy villano, villano de Fuente Ovejuna, villano de Pedro Crespo en Zalamea! ¡Desciendo no más de aquellos villanos que levantaron hoces y bieldos en contra de los abusos del Poder! *(Al oír estas palabras los obreros descienden al sitio donde se halla Arista y le rodean, aclamándole)*
OBRE. ¡Sí! ¡Sí!
OTROS. ¡Viva Diego Arista!
OTROS. *(Dirigiéndose, amenazadores, a Vidal y padrinos)* ¡Fuera! ¡Fuera!
PROPIE. ¡Quietos!
ARQUI. Nada de violencias.
PROPIE. *(A Vidal y sus padrinos.)* Pueden ustedes salir, señores míos.
VIDAL. Nos retiramos ante el número y la chusma; pero quisiéramos saber si se hace usted solidario de la conducta de sus obreros.
PROPIE. Puesto a elegir entre la verdad y la ficción, me quedo con la verdad.
OBRE. ¡Fuera! ¡Fuera! *(Vidal, el Conde y Méndez se marchan humillados y furiosos.)*
ARQUI. *(Conteniendo a los obreros.)* Dejadlos salir; no malogremos la razón que nos asiste con un exceso de violencia. España está hambrienta de verdades y a nuestros pies acaba de desplomarse una mentira. Las otras mentiras de nuestro vergonzoso vivir desaparecerán tan pronto como nos agrupemos en torno de la verdad.
OBRE. ¡Viva Diego Arista!
ARISTA. ¡Qué alegría, mis hijos, qué alegría! ¡Entramos en el reino de la verdad y la justicia! *(Extendiendo los brazos sobre todos.)* ¡Vosotros sois el pueblo que despierta!

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor,* por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías,* por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca,* por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio,* por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde,* por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal,* por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal,* por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!,* por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco,* por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan,* por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra,* por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara,* por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas,* por Marcelino Domingo.
15 *El ardid,* por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón,* por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella.* por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje,* por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua,* por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir,* por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly,* por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas,* por J Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan,* por Carlos Arniches.
24 *La otra honra,* por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas,* por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid,* por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente,* por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes,* por Pedro Muñoz Seca.
29 *La risa,* por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio,* por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana,* por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida,* por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina,* por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa,* por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura,* por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini,* por Carlos Arniches y Joaquín Abati.
37 *Como buitres,* por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia,* por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día,* por Marcelino Domingo.